

AGUAS VIVAS

Tiempo de trabajar

Un Justo gobernará entre los hombres

¿Esperamos que nuestra sociedad mejore, o que Dios intervenga? - P. 2

Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

¿Es la suya alguna de éstas? - P. 4

¿Hombre, profeta, o Hijo de Dios?

Dios confronta a todo hombre con esta pregunta acerca de Jesús. De su respuesta depende su vida entera - P. 5

El hombre de Dios

Una semblanza del carácter del hombre de Dios en días de decadencia espiritual - P. 9

Los nuevos labradores

Los judíos en días del Señor Jesús fueron los labradores malvados que rechazaron al Heredero, y no entregaron el fruto de la viña. De esta parábola surgen dos preguntas acuciantes para todo hijo de Dios: "¿Qué hemos hecho con el Hijo?", y "¿Qué hemos hecho con la Viña?" P. 10

¿Qué estamos haciendo con los dones?

Todo creyente tiene, al menos, un don; su responsabilidad delante de Dios es proporcional al don recibido - P. 17

21 principios para el servicio

Para servir al Señor con eficacia se requiere que ciertos principios sean considerados. He aquí algunos de ellos - P. 20

Servir, servir, servir

Tres pasajes del evangelio de Marcos nos ilustran acerca de la necesidad de servir - P. 23

Sirviendo a Dios en espíritu

La clave de un verdadero servicio no reside en la cantidad de cosas que pueden realizarse, sino en el origen y los medios utilizados para hacerlas - P. 24

El matrimonio:

Una expresión de cosas eternas

El matrimonio es más que un contrato civil: es una metáfora de Cristo y la iglesia - P. 26

Cómo vencer la soledad

La soledad es una oportunidad que tiene el joven creyente de crecer delante de Dios - P. 28

El Señor Jesús dijo: *"Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar."* (Juan 9:4). Es imperativo para los hijos de Dios aprovechar el tiempo que queda de esta dispensación. No sabemos cuánto queda, pero es poco. Por eso, no hemos de escatimar esfuerzos en hacer la obra de Dios, predicando la Palabra, instando a tiempo y fuera de tiempo, redarguyendo, reprendiendo, exhortando con toda paciencia y doctrina (2 Timoteo 4:2).

Es preciso hacerlo con diligencia, para poder decir al final de este día, como el Señor en su oración de Juan 17, que hemos acabado la obra que el Padre nos dio para hacer. Esforcémonos en la gracia que es en Cristo Jesús, despojándonos de todo peso que nos asedia. Si somos diligentes en lo poco hoy, el Señor podrá ponernos sobre lo mucho mañana.

Apremiados por esta demanda, hemos querido dedicar varios artículos de este número al importante asunto del servicio al Señor. La urgencia de servir mientras el día dura, la responsabilidad que nos cabe como labradores de su viña, el fruto que se espera por los dones recibidos, y las claves del verdadero servicio, están aquí esbozados. La obra de Dios espera por nosotros, pero ella no se hará mediante un activismo desordenado, con herramientas carnales e inútiles, sino pacientemente, con armas espirituales, poderosas en Dios para destruir las obras de las tinieblas y edificar la casa de Dios.

No pretendemos con cuatro o cinco estudios agotar este importante tema; pero si ellos contribuyen a despertar alguna conciencia dormida y a levantar algunos brazos caídos, entonces entenderemos que Dios los quiso usar para su gloria.

Que el Señor bendiga a su amado pueblo para que cumpla su ministerio antes de que Él venga, no sea que otros siervos u otra generación sean llamados a ocupar su lugar.



PUBLICACION BIMESTRAL – EDICIÓN DE 32 PÁGINAS

¿Qué hacer si un cristiano peca?

La voluntad de Dios es que los cristianos no pequen. Con todo, si un cristiano peca, hay provisión en Dios para recuperar su comunión con Él - P. 29

Las maravillas de la creación

Testimonios irrefutables de una Voluntad creadora y sustentadora del Universo - P. 31

ADEMÁS:

Citas Escogidas	09
"Señor, ¿qué quieres que haga?" (Canción)	09
"Tuya es mi casa" (Poema)	15
Para Meditar	22
Escudriñad las Escrituras	30
Cartas de nuestros lectores	32
Bocadillos de la mesa del Rey	32

VISITE NUESTRO SITIO WEB

<http://geocities.com/aguasvivas2000>

¿Esperamos que nuestra sociedad mejore, o que Dios intervenga?



Un Justo gobernará entre los hombres

Estamos ya viviendo en pleno año 2000. Con el desarrollo tan amplio de las comunicaciones, el mundo entero ya nos parece que es *una aldea global* —como dijo alguien (McLuhan, 1911-1980)— anticipando el fenómeno de la globalización. Hoy nos importa tanto lo que ocurre en nuestro país como lo que pueda estar ocurriendo en cualquier parte del mundo.

Escribimos esto desde el sur de Chile, desde los confines de la tierra. Sin embargo, la distancia no nos impide sentir muy cerca la guerrilla colombiana, la hambruna en Etiopía, los conflictos de Indonesia, las matanzas en la región de Cachemira, en Asia, el dolor de los chechenos y kosovares, las angustias de los españoles por los crímenes de la ETA, los conflictos de Irlanda del Norte, y la tensión palestino-israelí, entre otras cosas.

Ante la diversidad y vastedad de estos problemas, que sin duda desconciertan, cabe preguntarse: ¿Para dónde va el mundo? ¿Quién gobierna hoy sus destinos? ¿Podemos abrigar esperanzas de quienes lo dirigen — de sus actuales líderes y gobernantes?

Triste evaluación de los gobiernos

Nuestra región americana se ha caracterizado en los últimos meses por elecciones y cambios de gobierno: Argentina, Chile, Perú, México y Venezuela tienen Presidentes recién elegidos. Estados Unidos se encuentra en plena campaña electoral, y antes de fin de año tendrán nuevo Presidente.

Siempre existe la esperanza de que el nuevo gobernante sea mejor que el anterior. Sin embargo, la historia reciente nos muestra una situación muy distinta: Varios exgobernantes terminaron sus períodos enfrentando Tribunales de Justicia, acusados, algunos, de abusos de poder, otros de corrupción (ganancias ilícitas mientras se ejerce un cargo público), o de faltas a la moral. Este problema sume a la población en el desconcierto y la desconfianza. Las esperanzas se marchitan antes de ser concebidas. Así se debate nuestro mundo: Entre la desilusión y la desesperanza.

Parece que este fuera su inexorable destino, mientras sus grandes problemas siguen sin resolverse.

Sigue habiendo hambre en el planeta, siguen en pie enfermedades que son verdaderas plagas, avanza con redobladas fuerzas un narcotráfico cada vez más difícil de controlar, la degeneración moral va en aumento, hay guerras y amenazas de guerras en distintos puntos del globo, y el terrorismo todavía tiene espantada a una de las principales naciones de Europa. ¡Parece que el mundo clamara por un gobierno justo que fuera capaz de

*“Habrá un justo
que gobierne entre los hombres,
que gobierne en el temor de Dios.”*

(2 Samuel 23:3)

“Juzgará con justicia a los pobres y argüirá con equidad por los mansos de la tierra ... florecerá en sus días justicia, y muchedumbre de paz ... todos los reyes se postrarán delante de él, todas las naciones le servirán “

(Isaías 11:4; Salmo 72:7-11).

resolver estos grandes problemas!

Los débiles miran a los poderosos, y éstos siguen sin atacar los problemas de fondo

Dentro del reciente mes de julio se reunieron en la isla japonesa de Okinawa los líderes de los siete países más industrializados del mundo, y Rusia. El grupo de los ocho (G-8) está conformado por: Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Canadá y Rusia. Estos se reúnen de tiempo en tiempo para orientar los destinos del mundo. Ellos son los poderosos de la tierra. Sus decisiones afectarán para bien o para mal a sus seis mil millones de habitantes.

Uno de los principales temas de su agenda fue la extensión de Internet a los países más pobres. Allí firmaron la llamada ‘Carta de Okinawa’ “para una sociedad de la información global, donde expresaron que el acceso a las nuevas tecnologías contribuirá al bienestar de la población mundial.” (El Mercurio, Stgo. de Chile, 23 de julio/2000). Seguramente, esta decisión del G-8 cumplirá su objetivo en bien de la humanidad; es innegable que la información puede traer grandes beneficios.

Sin embargo, llama la atención, en este contexto, la protesta de Kewesi Owusu, Coordinador africano (no hay africanos en el G-8) de la organización “Jubilee 2000”, la cual fomenta la condonación de la deuda de los países más pobres (tema ausente de la agenda del G-8). Él denunció un hecho mucho más

cercano y dramático para esas naciones, al decir: “No podemos comer computadores. La gente está muriendo de hambre”.

Además, la organización “Médicos Sin Fronteras”, ganadora del Premio Nóbel de la Paz 1999 puso el dedo en otra gran llaga

AGUAS VIVAS

EQUIPO REDACTOR

Eliseo Apablaza F.

Roberto Sáez F.

Gonzalo Sepúlveda H.

Renato Vera R.

Colaborador Invitado: Rodrigo Abarca

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Emecé

CONTACTOS

Llanquín Lucio 01972

Fonos (45) 261791 – 258214

E-Mail: eliseoapablaza@hotmail.com

Temuco (Chile).

Nuestra meta es servir a Dios
y a todos los hombres;
nuestro único mensaje es Jesucristo,
el don todoficiente de Dios.

Escríbanos o llámenos;
háganos llegar sus sugerencias,
colaboraciones y consultas.



*Los que esperamos el retorno
triumfante de nuestro Señor
Jesucristo a la tierra no con-
fiamos en las promesas de una
sociedad más justa o de un
mundo mejor.*

de las naciones pobres al instar a las naciones poderosas a tomar medidas que abaraten los precios de los medicamentos para los países en desarrollo que luchan contra el VIH (virus que produce el temible SIDA).

Fácilmente podemos concluir que tanto “Médicos Sin Fronteras”, como “Jubilee 2000”, saben que la solución de la mayoría de los grandes problemas de la población mundial están en manos del G-8, y que sus decisiones podían mitigar el hambre y disminuir el efecto de las enfermedades infecciosas que matan a millones de seres humanos cada año. Ellos saben que las naciones subdesarrolladas no pueden solucionar sus problemas locales, y claman porque estos grandes organismos mundiales (¿anticipos de un gobierno mundial?) les ayuden a solucionar los problemas del hambre y la enfermedad.

¿Hay esperanza en el hombre?

Comprendemos que la mayoría de nuestros actuales gobernantes procuran, dentro de sus grandes limitaciones, hacer lo mejor por sus pueblos. Pero el hombre ha esperado demasiado en el hombre. ¿No será tiempo que el hombre comience a buscar la solución en Dios?

Los que esperamos el retorno triunfante de nuestro Señor Jesucristo a la tierra no confiamos en las promesas de una sociedad más justa o de un mundo mejor. Tenemos la palabra profética más segura, la cual enciende en nuestro corazón una esperanza bienaventurada: “El que ha de venir vendrá y no tardará...” (Hebreos 10:37). Y aunque nuestra voz no sea oída ni recibido nuestro mensaje, tenemos el imperativo de proclamar por todos los medios disponibles lo que hemos visto y oído, tocante a la Persona y obra de nuestro Señor Jesús.

Todo cuanto se profetizó respecto a su primera venida tuvo un pleno cumplimiento. Esto asegura nuestro corazón para esperar que lo que está profetizado para su segunda venida también se cumplirá cabalmente. Tenemos, por tanto, un doble consuelo y una firme convicción de que los tiempos y los plazos se están cumpliendo, y que la segunda venida del Señor es inminente. Esta vez no vendrá como un manso Cordero, sino como Rey de reyes y Señor de señores.

Todo ojo le verá

El evangelista Lucas dice que las gentes “verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria” (21:27). El apóstol Juan dice: “He aquí que viene

con las nubes y todo ojo le verá, y los que le traspasaron, y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él.” (Apocalipsis 1:7). Por casi dos mil años, millones de cristianos han orado: “Venga tu reino y hágase tu voluntad en la tierra”, quizás sin entender lo que se pide. Muchos hoy estamos clamando: “¡Ven, Señor Jesús.!”

Si bien hay muchas cosas que deben cumplirse aún respecto a la predicación del evangelio en todo el mundo, el arrebatamiento de la iglesia y el gobierno mundial del Anticristo, la venida del Señor Jesucristo afectará la tierra entera. ¿Podemos imaginarnos por un momento a todas las naciones bajo el gobierno justo del Mesías Rey?

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que el Señor Jesús era del linaje de David según la carne, de la tribu de Judá, de Israel. Entonces, es justo esperar que se cumpla la profecía de Zacarías 14:4-5;16-17, que dice: “*Afirmará sus pies sobre el monte de los Olivos y será Rey sobre toda la tierra; y los sobrevivientes de las naciones que vinieron sobre Jerusalén subirán de año en año a Jerusalén para adorar al Rey.*”

La paz para Jerusalén

La restauración de la nación de Israel es una viva realidad en nuestros días. Para muchos hoy, el conflicto árabe-israelí no pasa más allá de ser una disputa política de territorios ocupados y de celo religioso. Pero si tenemos un poco de fe, y creemos las palabras del propio Señor Jesús (Mateo 23:37-39), veremos que tal conflicto de gran actualidad en nuestros días, no tiene solución humana posible, y si llegara a tener una salida pacífica, sería un engaño estratégico que no duraría por mucho tiempo. La única y verdadera paz posible para la ciudad de Jerusalén, para toda esa explosiva región, y para el mundo entero, se verificará el día que venga el Príncipe de Paz a establecer allí su trono y beneficiar con su gobierno a toda la tierra. (Salmo 72:8).

El reino justo del Mesías

Entonces se cumplirá la palabra: “*Habrá un justo que gobierne entre los hombres.*” Su gobierno mundial será justo. ¿Podemos imaginar un gobierno mundial sin narcotráfico, sin guerras ni guerrillas, sin hambre y sin plagas, sin mafias, sin cri-

men organizado, sin gobiernos ni gobernantes corruptos? ¿Un mundo con justicia y equidad? Un solo versículo de la Sagrada Escritura basta para consolar con esperanza a los creyentes que vemos con impotencia sufrir a las víctimas inocentes de las cruentas guerras que se libran hoy en Colombia, en Etiopía, en Chechenia, en Pakistán y algunas regiones de Indonesia: “*Él juzgará entre muchos pueblos y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos, y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra*” (Miqueas 4:3).

Será un reino poderoso, sin duda. Apocalipsis 19:15 dice que Él regirá a las naciones con vara de hierro. La soberbia natural del hombre no admite un gobierno débil o contemplativo. Deberá ser fuerte en extremo. Pero absolutamente confiable: El Rey será justo e incorruptible.

Además, todas las naciones tendrán la oportunidad de ser “enseñados en sus caminos y andar en sus veredas” (Miqueas 4:2). ¿Un mundo andando en los caminos de Dios? Verdaderamente, el reinado universal por mil años de nuestro Señor Jesucristo (Apoc.20:1-6) será más maravilloso de lo que nuestras mentes puedan concebir. “*Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová como las aguas cubren el mar*” (Habacuc 2:14).

¿Y usted?

Si usted aún no está reconciliado con el Rey que viene, apresúrese a ponerse a cuentas con Él. No cometa el fatal error de despreciar al bendito Salvador que cargó en la cruz todas nuestras culpas. Allí se burlaron de su condición de rey, coronándole con espinas, aun así exclamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23:34-35). Ahora, **sabiendo** nosotros que el Señor resucitado, ascendido y glorificado, regresará para reinar, no tendremos excusa el día que comparezcamos ante Él.

El Rey viene pronto, y a unos dirá: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino...” Y a otros dirá: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...” (Mateo 25:34,41).

¿De cuál lado estará usted?

Si desea regocijarse con la esperanza del reinado universal del Justo, lea los Salmos 2, 47, 72 y 96; Isaías 9:7; 11:1-9; 56:6-7; 65:20-25; Jeremías 3:17; Daniel 7:13-14; Hageo 2:7; Apoc. cap.19 y 20.



Excusas que suelen darse para no seguir a Cristo ¿Es la suya alguna de éstas?

“Es demasiado pronto para buscar a Dios ...”

Hay muchos que quieren hacer como el malhechor en la cruz.

Ese que le dijo al Señor:

“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.”

Ellos quieren esperar hasta su agonía, para, recién entonces, implorar misericordia.

Entretanto, quieren vivir su vida lo más intensamente posible, y disfrutar del mundo.

Ellos dicen: “Comamos y bebamos, que mañana moriremos”.

Ellos esperan tener más adelante una oportunidad para ponerse a cuentas con Dios.

Quieren disponer libremente para sí toda su vida y ser salvos en el último momento

sólo para escapar del infierno.

¿Está usted entre estos?

Si es así, lo primero que debe saber

es que usted no tiene comprada su vida.

Usted no puede saber si Dios le dará o no ese postrer instante de lucidez para arrepentirse.

Tal vez le sobrevenga la muerte en forma violenta e inesperada.

¿Cuántos han muerto sin alcanzar siquiera a articular una palabra!

Y después de la muerte, no hay salvación ... sólo juicio.

Si usted piensa así, está construyendo su vida sobre arena, y no sobre la roca.

El mañana no nos pertenece ... el pasado ya se fue.

Sólo tenemos el “hoy” breve y fugaz.

Usted debe saber lo que dice la Escritura:

“¡He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación!” (2 Cor.6:2).

Usted, que todavía tiene la vida por delante, debiera más bien decir:

“Voy a hacer la mejor inversión de mi vida. Muchos han fracasado al buscar las riquezas o la fama. Yo no seguiré ese camino. Dios, aquí estoy, muéstrate a mí. Quiero conocerte.”

Que el Señor le ayude para ver

que estamos en el tiempo preciso para buscarle y servirle.

No dilate esta decisión.

El tiempo se ha cumplido. El reino de Dios se ha acercado.

El Señor Jesús dijo: “*Arrepentíos y creed en el evangelio*” (Mr.1:15).

Creer en el evangelio es creer que Jesús es el Hijo de Dios, y que hay vida en su nombre.

“No necesito de un Salvador”

El hombre suele tener muy buena opinión de sí mismo. El hombre suele pensar que es capaz de solucionar sus grandes problemas sin ayuda de nadie.

Tiene una gran capacidad intelectual,

tiene solvencia moral,

tiene capacidad de autodominio.

En verdad, el hombre es un ser muy especial.

Sin embargo, el hombre tiene un tendón de Aquiles.

Es perfecto en casi todo, pero tiene un profundo problema. Un problema mortal: ¡La muerte!

El hombre es mortal, y, lo peor de todo,

¡no sabe cuándo ella lo alcanzará!

Este tendón de Aquiles

desnuda su real condición,

avergüenza su arrogancia,

y le humilla hasta lo sumo.

(¿Cuál sería su arrogancia si hubiese vencido la muerte?)

¿Cómo no poder trascenderse en el tiempo?

¿Cómo no poder aferrarse indefinidamente a la vida que tanto ama? ¿Cómo no poder zafarse de la muerte que tanto teme?

Pero lo peor aun no se ha dicho:

Esta muerte que nos circunda es la antesala de otra muerte.

Una muerte eterna.

Si existe la muerte de nuestro cuerpo, también la hay de nuestra alma.

Una muerte atroz, espantosa, eterna.

La primera muerte es una desgracia.

La segunda es una tragedia irreparable.

En ambas el hombre muestra su insolvencia, su nulidad,

¡su irremediable y gran fracaso!

¡El hombre necesita un Salvador!

Un Salvador que sea tan poderoso que sea capaz de solucionar este gran problema.

Uno que haya vencido la muerte.

Uno que se haya burlado del sepulcro.

¡Jesucristo es este Vencedor!

El se levantó del sepulcro, *sueltos los dolores de la muerte, porque era imposible que hubiese sido retenido por ella.*

Nosotros necesitamos de Él.

¡Usted también!

- *La confusión de muchos no es ningún consuelo a la hora de enfrentar la verdadera naturaleza de Jesús de Nazaret.*
- *Dios confronta a todo hombre con esta pregunta. De su respuesta depende la suerte de su vida entera.*

La escena de Cesarea (Mateo 16:13-17)

“**Q**uién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”, preguntó Jesús a sus discípulos en la región de Cesarea de Filipos. Las respuestas fueron variadas, pero todas ellas le asimilaron con alguno de los profetas judíos.

Entonces, el Señor les pregunta quién dicen ellos que es Él, con la esperanza de escuchar algo más acertado. Pedro se alza con una respuesta que jamás había pasado por su mente, que nunca había estado en su corazón. El dijo: “*Tú eres el Cristo el Hijo del Dios viviente*”. Jesús le dice: “*Bienaventurado eres, Simón, porque eso te lo reveló mi Padre que está en los cielos.*”

En esa frase está concentrada la verdadera naturaleza y dignidad de Jesús de Nazaret.

El ciego de nacimiento (Juan 9)

Esta revelación acerca de Jesucristo que recibió Pedro no es muy común. Es más fácil hallar opiniones de hombres – diversas, curiosas, muchas de ellas descabelladas. Ellas proceden de la mente, y son un intento por ubicarlo en alguna categoría o lugar de la galería de hombres famosos.

En la Biblia se nos cuenta un episodio que reúne esta variedad de opiniones en un par de ellas, muy paradigmáticas.

En cierta ocasión, el Señor Jesús sanó a un ciego de nacimiento. Cada enfermo que sanó es una metáfora de la condición del hombre, de una necesidad aún más dramática que la necesidad física. Un ciego es una buena figura del hombre que no conoce a Dios, que es ciego para ver a Dios y ver las maravillas de Dios. Todos los hombres tienen los ojos del entendimiento cegados para ver la luz de Dios (2ª Cor.4:4).

Aquel hombre que se llama Jesús

La sanidad de este ciego que solía pedir limosnas sembró el desconcierto entre sus conocidos: “Unos decían: El es; y otros: A él se parece.” El ciego, en tanto, afirmaba, ufa-

no: “Yo soy”. (v.9)

Los vecinos que le habían visto mendigar le preguntan, curiosos: “¿Cómo te fueron abiertos los ojos?”. El ciego responde: “*Aquel hombre que se llama Jesús me sanó.*” (v.11)

Eso es todo lo que sabe acerca de Jesús. Su respuesta pone a Jesús a la altura de un hombre, nada más. El ciego había sido sanado, pero su opinión acerca de Jesús era pobre.

“Aquel hombre ...” es una respuesta insípida referida a Jesús. Pero es la opinión que muchos tienen de Él.

Jesús, sólo un hombre. Un buen hombre, tal vez. Un gran hombre, dirán otros. O el mejor de los hombres –dirán los más generosos. Pero sólo eso.

Sin embargo, decir que es sólo un hombre es ponerlo en la misma lista genealógica a la que pertenecemos todos. Es inscribirlo en la descendencia de Adán, una raza caída y sin esperanza en sí misma. Es rebajarlo a la condición de un mortal, pecador y destituido de la gloria de Dios. ¿No es esto triste? Si Él fuera sólo un hombre significaría que Él murió por sus propios pecados, no por los del mundo. Un Jesús así no sirve como sustituto de nadie en la cruz; aun más, ni siquiera sería capaz de salvarse a sí mismo.

Si Jesús fue sólo un hombre, entonces no resucitó. Y si Él no resucitó, la fe de los cristianos es vana, aún están en sus pecados. (1ª Cor.15:17). Los miles y miles que murieron con esta esperanza habrían sido burlados. Los mártires de las catacumbas y de las persecuciones habrían muerto por una vana ilusión. ¡Oh, desdichados todos ellos!

Pero, ¿es Jesús sólo un hombre?

El ciego había sido sanado de sus ojos físicos, pero todavía tenía una ceguera más profunda. Él no conocía quién era Jesús.

¿Hombre, Profeta o Hijo de Dios?

Un profeta

Llevar al ciego ante los fariseos y el interrogan. El explica de nuevo el proceso de su sanidad. Ellos cuestionan a Jesús, diciendo que, porque no guardaba el sábado, no procedía de Dios. Entonces, viene la gran pregunta: “¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?” El ciego contesta: “*Que es profeta*”. (v.17).

¡Oh hombre! Has mejorado tu opinión de Jesús, ahora dices que es profeta. ¡Es un gran paso! pero ¿es suficiente?

Profeta es uno que entrega mensajes de parte de Dios. Es un hombre que ha sido capacitado para escuchar a Dios y para reproducir su palabra ante los hombres.

De antiguo, Dios se levantó profetas. Muchos de ellos eran hombres piadosos. Santos hombres. Pero no siempre ellos expresaron correctamente las palabras de Dios. Ser un profeta era una gran cosa, pero no siempre fue una señal segura.

Si Dios tuvo casi siempre quejas de los profetas de Israel, ¿qué decir de los profetas que se alzan a sí mismos? ¿Qué decir de la multitud de pseudo profetas que, como Teudas o Judas el Galileo (Hechos 5:36-37), han arrastrado tras sí a multitudes? ¿O de los que, instigados por espíritus demoníacos, han entregado a la humanidad supuestos mensajes de Dios?

Algunos hombres han puesto el nombre de Jesús de Nazaret entre los grandes iniciados de la humanidad, entre los muchos profetas que se han arrogado alguna representación de parte de Dios.

Allí están los Budas, los Confucios, los Mahomas, los Krishnas, los Nostradamus, los Lamas, y toda esa caterva de pseudo iluminados, de espiritualistas, de maestros de ascetismo, de monjes diseminados por el mundo, que han pretendido –o pretenden– ser alguien.

Todos ellos, pese a sus denodados esfuerzos por tocar a Dios, han debido decir, como dijo Buda al final de su vida: “Aún estoy buscando la verdad”.

Algunos hombres han puesto el nombre de Jesús de Nazaret entre los grandes iniciados de la humanidad, entre los muchos profetas que se han arrogado alguna representación de parte de Dios.

(Viene de la página 5)

¿Qué decir de los modernos profetas: los Rampa, los Gibrán, los Coelho, y la multitud de autores de autoayuda que pululan hoy por el mundo, vendedores de falsas esperanzas? Los tales buscan perfeccionar al hombre con herramientas inútiles. Es como convertir un asno en ángel. O peor aún.

Decir que Jesús es sólo un profeta es retrotraerlo también a la condición de hombre. Un hombre iluminado, pero sólo un hombre.

Es intentar rebajarlo a la condición de un hombre que intenta alcanzar las sublimes alturas de Dios por sus propios esfuerzos, de construir un edificio que toque el cielo, de perfeccionar la carne para que llegue a ser espíritu —tarea por lo demás imposible e inútil. La separación que existe entre el cielo y la tierra no la puede salvar un hombre, ni siquiera el mejor de los profetas.

Uno que vino de Dios

Los fariseos insisten en su interrogatorio. Ahora llaman a sus padres, pero de ellos no obtienen nada. Vuelven a llamar al que había sido ciego. Entonces el hombre les dice: “Sabemos que Dios no oye a los pecadores ... Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer.” (v.31,33).

El hombre no dice que Jesús hable de parte de Dios (como los profetas). Dice: “Si éste no viniera de Dios ...”. El discurso del hombre comienza a cambiar. La luz ya se hace en su corazón. Acepta que, para que Jesús pudiera haber hecho lo que hizo con él, debía de ser alguien venido de Dios. Así que este hombre, sin tal vez entenderlo muy bien, está diciendo ¡que Jesús tiene un origen celestial!

¡Qué maravilloso es cuando los cielos se comienzan a abrir para un hombre! Entonces la Persona más gloriosa y bendita del Universo es vista ahora. Tal vez borrosamente, como aquí, pero ya se va definiendo su excelsa figura. ¡Que espere un poco y verá del todo!

¿Y usted, estimado lector? ¿Cree que Jesús es más que un hombre, y más que un profeta? Si usted comienza a creer esto, va a recibir la aprobación del cielo, pero ¡cuidado! también ... ¡el rechazo de los hombres!

Cuando el ex-ciego dijo esto de Jesús, negándose a aceptar que Jesús fuera un hombre pecador, se alineó con Jesús, reconociendo su origen celeste, pero se echó encima a los hombres que representaban en ese momento (muy malamente) a Dios en la

tierra.

Entonces, el hombre fue expulsado de la sinagoga. ¡Le excomulgaron!

¿Sabe usted lo que eso significaba para él? La sinagoga era el centro de la vida religiosa y social entre los judíos. Ser expulsado de ella era pasar a ser un paria, un marginado, *un nadie*. A usted también, conocer a Jesús como Uno que vino del cielo, y con-

fesarlo ante los hombres, le puede convertir en un extraño, no sólo para el mundo, sino aun para los que se reúnen en la sinagoga (ese lugar donde se habla de Dios).

Sin embargo, espere a ver qué hizo Jesús con él. ¡Espere un poco y verá lo que hace Jesús con usted!

¿Crees tú en el Hijo de Dios?

Cuando supo Jesús que habían echado al hombre de la sinagoga, le buscó. ¡Jesús buscó al hombre! ¡Oh maravilla! No buscó el hombre a Jesús. El corazón de Jesús debió de enternecerse al saber que este hombre había estado dispuesto a perder el favor de los hombres, por defender el testimonio que tenía de su Sanador.

Entonces, *hallándole*, le dijo: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?”. El hombre le pregunta: “¿Quién es, Señor, para que crea en él?”. Jesús le dice: “Pues le has visto, y el que habla contigo, él es.” (vv.35-37).

Jesús le hace al hombre una pregunta fundamental. Es la pregunta que de verdad cuenta delante de Dios. La gran pregunta que Jesús hace al hombre —a todo hombre— es esta: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?”

De nada sirve creer en el hombre Jesús, ni en el profeta Jesús. Es preciso creer en Jesús, *el Hijo de Dios*.

Todo hombre es de la tierra, es terrenal; en cambio, el que de arriba viene, es sobre todos (Juan 3:31). Existen sólo dos clases de personas: los que son de la tierra y los que son del cielo. Los que son de la tierra no pueden subir al cielo. No hay conexión posible entre tierra y cielo, a no ser porque el Hijo de Dios vino del cielo para traer a Dios, y para llevarnos a Él.

Decir que Jesús es el Hijo de Dios es aceptar su divinidad, su rango excelso, su alta dignidad, su santidad perfecta, su pertenencia a otro mundo. Es declarar que Él es diferente a todos los demás hombres, poderoso para salvar, porque su muerte no se debió a sus pecados (que no los tuvo), sino a los de otros, por quienes murió y resucitó. Es afirmar que Él es Dios manifestado en carne, Vencedor de la muerte y del que tenía el imperio de la muerte. Es declarar que fuimos reconciliados con Dios, y que tene-

mos acceso a Él por la sangre que derramó Jesús en la cruz.

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo” (Juan 3:13). Usted puede opinar lo que quiera de Jesús, pero si no cree que Él es el Hijo de Dios, permanece todavía en pecado y en muerte.

Puede que usted haya recibido muchos bienes de Dios, como el hombre de esta historia, pero si sus ojos no han sido abiertos para ver al Hijo de Dios, todavía está ciego, de una ceguera más radical que la física.

¡Creo, Señor!

Cuando el hombre que había sido ciego recibió este segundo milagro, este *descubrimiento*, esta *revelación* (que es un milagro mayor que el primero), entonces no pudo seguir de pie delante de Jesús. Él dijo: “Creo, Señor; y le adoró.” (v.38).

Ante un hombre usted puede permanecer erguido; ante un profeta tal vez se incline, pero ... ¿adorar? ¡Sólo a Dios se le adora! Y sólo Él, en las Sagradas Escrituras, acepta adoración. Ni Pedro la aceptó (Hechos 10:25-26), ni tampoco el ángel (Apocalipsis 22:8-9). Sólo Dios debe ser adorado.

El hecho que Jesús la haya aceptado significa que Él es Dios. ¡Aleluya!

¡¡¡Jesús es el Hijo de Dios!!!

Cuando tú ves la gloria de Dios, entonces te postras. Tu corazón no querrá otra posición; tus rodillas no soportarán el peso de tu alma deslumbrada ante Él. Ellas se doblarán.

El fin de la escena

Esta escena termina aquí. El hombre que había sido ciego está postrado ante el Hijo de Dios. El se queda allí. El Señor hace en seguida unos alcances a sus discípulos y a los fariseos. Pero el ex-ciego se queda allí, a sus pies.

¿No es esto maravilloso? Uno que ha visto a Jesús así, se queda *para siempre* postrado ante Él. Como María, que siempre estuvo a sus pies, sea para oírle (Luc.10:39), sea para llorar la desgracia de su hermano muerto (Juan 11:32-33), sea para ungirle en el día de su gratitud (Juan 12:3). ¿Cómo está usted delante de Jesús? ¿Erguido o postrado? ¿Quién es Jesús para usted?

¿Es Jesús para usted sólo un hombre? ¿Es un profeta? ¿O es el Hijo de Dios?

Es esta la pregunta más importante que jamás le hayan hecho. De su respuesta depende su vida entera... ¡y por toda la eternidad!



Hay tres aspectos en los cuales el hombre es presentado en las Escrituras.

En los números anteriores revisamos "el hombre natural" y "un hombre en Cristo".

Veamos ahora, a la luz de 2ª Timoteo, qué es lo que consideramos "un hombre de Dios".

El hombre de Dios

Sería un gran error suponer que cada cristiano es un hombre de Dios. Aun en los días de Pablo y Timoteo había muchos que llevaban el nombre de cristianos, pero que estaban muy lejos de conducirse como hombres de Dios, en medio del fracaso y del error que ya había comenzado a crecer. Es la percepción de este hecho que hace a la 2ª Epístola a Timoteo tan profundamente interesante. En ella podemos ver lo que llamaremos "la amplia provisión para el hombre de Dios" en el día en que nos es dado vivir. Día peligroso, oscuro, diabólico; más aun, día en que todo aquel que quiera vivir santa y piadosamente debe mantener los ojos fijamente puestos en Cristo mismo, en su Nombre, en su Persona, en su palabra, si es que quiere avanzar contra la corriente.

Compañerismo

Es casi imposible leer la 2ª epístola a Timoteo sin sentirse impresionado por su carácter intensamente individual. Esto es así desde el comienzo: "Doy gracias a mi Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día." (1:3)

¡Qué hermoso es escuchar a un hombre de Dios derramando los tiernos y profundos sentimientos de su amante corazón, en el corazón de otro hombre de Dios! El querido apóstol comenzaba a sentir ya la fría indiferencia que estaba subiendo sobre la iglesia profesante; estaba probando la amargura de las esperanzas idas. Se encontró a sí mismo desolado, abandonado por muchos que una vez habían profesado ser sus amigos y se habían asociado en este glorioso trabajo. Muchos estaban llegando a sentirse avergonzados del testimonio de Dios y de su prisionero. Ellos no dejaban de ser cristianos ni abandonaban la profesión cristiana, sino que le daban las espaldas a Pablo, dejándole solo en el día de la prueba.

Ahora bien, bajo tales circunstancias, el corazón se vuelve con especial ternura a una fe individual y a un afecto individual. Si uno está rodeado de un ejército de bue-

nos soldados de Cristo Jesús, si la marea de la devoción va fluyendo alrededor de uno y lo va apoyando, uno no tiene por qué depender de las simpatías individuales y de la amistad; pero, en cambio, si las condiciones generales bajan, si los antiguos compañeros nos abandonan, es entonces cuando la gracia personal y el verdadero afecto son realmente valorados. En medio del oscuro ambiente de decadencia general, el corazón se precipita hacia la devoción individual.

Esto es lo que se advierte en 2ª Timoteo. Hace bien al corazón escuchar la inspiración del viejo prisionero de Cristo Jesús hablar de servir a Dios desde sus mayores con limpia conciencia, y de un recuerdo incesante de su amado hijo y verdadero compañero.

Es especialmente interesante notar que, ya sea referido a su propia historia, ya a la de su amigo, Pablo siempre recuerda los hechos de sus primeros tiempos, anteriores a su primer encuentro y a lo que podríamos llamar "asociación de iglesia"; esto lo podía continuar haciendo aún cuando estuviera abandonado por todos sus compañeros. Así también en el caso de su fiel amigo.

Conciencia pura y fe no fingida

El dice: "Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que en ti también". (1:5).

Nosotros nos sentimos impresionados por estas referencias a la historia antigua de estos hombres de Dios. La conciencia pura de uno y la fe no fingida del otro son dos grandes cualidades morales que deben poseer los hombres de Dios en un día tan oscuro. La primera tiene su inmediata referencia al Dios vivo y verdadero; la otra saca

todas sus fuerzas de El. Aquella nos guía a caminar ante Dios, ésta nos permite caminar con El; ambas, juntas, son indispensables en la formación del carácter del verdadero hombre de Dios.

Es imposible sobreestimar la importancia de mantener una conciencia pura ante Dios en nuestros días. Ella nos lleva a referir todas las cosas a Dios. Nos libra de ser lanzados de un lado a otro por cualquier corriente de opiniones humanas. Imparte estabilidad y consistencia a nuestras vidas.

Si tú te adaptas a tus semejantes, si consientes en ser puesto en un molde humano, si tu fe permanece en la sabiduría del hombre, si tu objetivo es complacer al hombre, entonces, en lugar de ser un hombre de Dios, llegarás a ser miembro de una pandilla, o un integrante más de una fiesta.

Todos estamos en un inminente peligro de caer bajo la influencia humana, de conformar nuestro caminar de acuerdo a sus pensamientos, de adoptar su forma de ser y su forma de vida.

Si tú te adaptas a tus semejantes, si consientes en ser puesto en un molde humano, si tu fe permanece en la sabiduría del hombre, si tu objetivo es complacer al hombre, entonces, en lugar de ser un hombre de Dios, llegarás a ser miembro de una pandilla, o un integrante más de una fiesta. Llegarás a perder la encantadora frescura y originalidad tan esencial para un siervo de Cristo y llegarás a marcarte por la particular y dominante característica de una secta.

Guardémonos cuidadosamente de esto, que ha arruinado a muchos valiosos siervos. Muchos que podían haber sido trabajadores útiles en la viña, han fallado completamente por no mantener la integridad de su carácter individual, de su camino individual. Ellos comenzaron con Dios, en el ejercicio de una pura conciencia. Ellos eran enseñados por Dios. Ellos estaban cerca de la fuente eterna de la Sagrada Escritura y bebían por ellos mismos. Tal vez no sabían mucho,

(Continúa en la página 8)

(Viene de la página 7)

pero lo que sabían era real, porque lo recibían de Dios. Ellos podían decir: "Hay mucho alimento en la casa de los pobres." Pero, en vez de continuar con Dios, se permitieron a sí mismos caer bajo la influencia humana. Tomaron la verdad de segunda mano, llegaron a ser vendedores de los pensamientos de otros hombres, y, en vez de beber de la Fuente misma, bebieron de los chorrillos de la opinión humana. Ellos perdieron la originalidad, la simplicidad, la frescura y el poder, y llegaron a ser meras copias —aun más, miserables caricaturas. En vez de salir adelante, en vez de volverse a los ríos de agua viva que fluyen para los verdaderos creyentes en Jesús, cayeron en las barreras del tecnicismo, y se secaron en

los lugares comunes de la religión sistematizada.

Amado cristiano, busquemos servir a Dios con una conciencia pura, busquemos mirarnos en su inmediata presencia, en la hermosa intimidad

de una comunión personal con El por el poder del Santo Espíritu. Esto nos permitirá estar asegurados; es el verdadero secreto del poder del hombre de Dios en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia. Debemos caminar con Dios en el profundo y hermoso sentido de nuestra responsabilidad personal para El. Esto es lo que entendemos por una conciencia pura.

Comunión vs. comunicación

Hay pocos términos tan comúnmente usados y mal entendidos como la palabra "comunión" en un sinnúmero de cosas. Indica el hecho de una membresía nominal en algunas denominaciones religiosas, un hecho que no garantiza una comunión viva con Cristo o una devoción personal a su causa. Si todos los que se denominan "hermanos" estuvieran viviendo como hombres de Dios, qué distintas serían las cosas y qué privilegio sería ser testigos de ellos.

Pero, ¿qué es la comunión? Es tener un objetivo común con Dios y tomar parte en él, y en ese objetivo y en esa parte está Cristo —Cristo reconocido y gozado a través del Espíritu Santo. Esta es la hermandad con Dios. ¡Qué privilegio! ¡Qué dignidad! ¡Qué bendición más inexplicable! ¡Que nos sea permitido tener un objetivo común y una parte común con Dios mismo! ¡Deleitarse en el Único, y en quien Él se deleita! No puede haber nada más alto, nada más precioso que esto, ni aun los cielos mismos.

Así es como funciona nuestra comunión con Dios, nuestra amistad con Dios, y es co-

mo miramos también nuestra amistad y hermandad con otros. Es simplemente que nosotros caminamos en luz; es así como se lee "*pero si andamos en luz como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1ª de Juan 1:7). Nosotros sólo podemos tener comunión unos con otros si es que caminamos en la presencia inmediata de Dios. Puede haber una gran cantidad de *comunicación* sin una partícula de *comunión* divina. Una gran cantidad de lo que le pasa a la comunión del cristiano no es más que una murmuración religiosa. La verdadera comunión del cristiano puede ser solamente gozada en la luz. Es cuando nosotros estamos individualmente caminando con Dios en el poder de la comunión personal que nosotros tenemos realmente comunión los unos con los otros; y esta comunión consiste en el gozo real del corazón de Cristo como nuestro único objeto y como nuestra porción común.

No es el conocimiento de ciertas doctrinas favoritas las que nosotros recibimos para tener en común. No es la simpatía de aquellos que *piensan*, que *ven*, que *sienten* como nosotros alguna teoría favorita o algún dogma. Es algo completamente diferente de todo esto. Es el deleitarse en Cristo, en común con todos aquellos que caminan en la luz. Es un mantenerse al lado de Cristo, de su Persona, de su Nombre, de su Palabra, de su Causa, de su Pueblo. Es hallar satisfacción en la consagración del corazón y del alma al único Amado, al único Bendito, que nos ama y que nos lavó de nuestros pecados con su propia Sangre y que nos trajo a la luz de Dios.

Ejercitar el don

Nosotros hemos visto la indispensable necesidad de tener una conciencia pura y una fe no fingida en el equipamiento moral del hombre de Dios. Estas cualidades están en la base de todo el edificio de la santidad práctica y deben ser las características genuinas de un hombre de Dios.

Pero hay mucho más que esto. El edificio debe ser levantado, de igual forma como se echó el cimiento. El hombre de Dios tiene que trabajar en toda clase de dificultades, penas, desalientos, obstáculos, preguntas y controversias. El tiene un lugar que llenar, un camino que caminar, un trabajo que hacer: él debe servir. El enemigo se puede oponer, el mundo puede rugir, la iglesia puede estar en ruinas alrededor de él, puede estar todo desierto, puede haber controversia, división, puede oscurecerse la atmósfera, pero aún el hombre de Dios debe moverse, no importando estas cosas. Debe trabajar, servir, testificar, de acuerdo a la esfera en que la mano de Dios le ha puesto y de acuerdo a los dones que él posee.

¿Cómo será hecho esto? No solamente manteniendo una conciencia pura y ejercitando una fe no fingida, sino, aun más, atendiendo a las siguientes palabras de exhortación: "*Por lo cual, te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos*" (1:6).

El don debe ser avivado, porque pudiera permanecer en desuso si permitimos que se adormezca. Hay un gran peligro en permitir que el don caiga en desuso, por causa de las influencias descorazonadoras y las circunstancias que nos rodean. Un don que no se usa, prontamente llega a ser inútil; un don que es avivado y usado diligentemente, crece y se expande. No es suficiente poseer un don, debemos cultivarlo y ejercitarlo: esta es la forma de mejorarlo.

Poder, amor y dominio propio

El hombre de Dios no debe permitirse a sí mismo ser estorbado en cultivar diligentemente y ejercitar su don, aunque todo parezca estar oscuro y prohibido, porque "*Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio*" (1:7). Aquí nosotros tenemos a Dios nuevamente introducido en nuestro pensamiento, el cual también, en una forma muy agradable, ha edificado su hombre con cada cosa que éste necesita: "El Espíritu de poder, amor y de dominio propio".

Verdaderamente es esta una gloriosa combinación: poder, amor y sabiduría ¡qué perfecto! Ni un solo ingrediente más. Si es que hubiera sólo un Espíritu de poder, podría guiarnos a llevar las cosas en una forma arbitraria; donde hay sólo un Espíritu de amor, nos podría guiar al sacrificio por la causa de la paz o a tolerar indolentemente el error y la maldad, preocupándonos sólo de no ofender. Pero el poder está suavizado por el amor y el amor está fortalecido por el poder; más aún, el Espíritu de sabiduría viene como a ajustar ambos, el poder y el amor. En una palabra, todo es perfecto, y es la hermosa provisión para el hombre de Dios. Es lo que él realmente necesita para "*los últimos días*" tan peligrosos, tan difíciles, tan llenos de toda clase de complejidades, de preguntas acuciantes y aparentemente contradictorias. Si a uno se le preguntara qué consideraría más necesario para días como estos, seguramente diría "poder, amor y dominio propio". Bueno, ¡bendito sea el Señor!, esas son las cosas que nos ha dado por gracia para formar el carácter, la forma de ser, y para gobernar la conducta del hombre de Dios de comienzo a fin.

Participar de las aflicciones

Pero hay otra provisión y exhortación para el hombre de Dios: "*Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro*

Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el Evangelio según el poder de Dios". (1:8). En los días de Pentecostés, cuando la poderosa y rica marea de la divina gracia estaba fluyendo y llevando a miles de almas, cuando todos estaban de un corazón y un alma, fue más bien el participar de un triunfo del evangelio que de sus aflicciones; pero en los días contemplados en 2ª de Timoteo, todo es diferente. El amado apóstol es un solitario prisionero en Roma; toda Asia le había olvidado. Hime-neo y Fileto habían negado la resurrección. Toda clase de herejías y errores y maldades se estaban produciendo.

Ante esto, el hombre de Dios tenía que asegurarse a sí mismo para la ocasión. Tenía que guardar todas estas cosas que le habían sido encargadas; ser fuerte en la gracia que es en Cristo Jesús; mantenerse libre, desenredado; aun cuando él está comprometido, puede mantenerse libre como un soldado; debe seguir la rectitud, la fe, el amor y la paz con todos aquellos que aman e invocan al Señor con un corazón puro. Debe evitar la banalidad y la tontería, debe apartarse de los maestros que enseñan en forma pusilánime y formal; debe ser edificado para toda buena obra, perfectamente equipado por el Espíritu Santo. Debe predicar la Palabra, estar dispuesto a tiempo y fuera de tiempo. Debe mirar en todas las

cosas, sufrir penalidades y hacer la obra de evangelista.

¡Qué categoría para un hombre de Dios! ¿Quién es suficiente para todas estas cosas? ¿Dónde está el poder espiritual para tales trabajos?. Realmente, todo esto tiene que ser llevado a la misericordia, para ser encontrado en paciencia, en el creer, en el esperar solamente en Dios y en ninguna otra cosa. Todo lo nuestro está en Él. Nosotros solamente tenemos que confiar en Él, esperar en Él. Él es suficiente para este día oscuro. Las dificultades son nada con Él. Las dificultades más grandes son simplemente el sustento para la fe, y el hombre de fe se desarrollará y crecerá firme. El incrédulo dice: "Hay un león en el camino"; pero la fe mata al león que ruga en el camino. Ese es el privilegio del verdadero creyente: levantarse sobre todo a las influencias hostiles que le rodean, no importa cuáles ellas sean y de dónde provengan. Luego, la calma, la belleza y el brillo de la presencia divina nos hace gozar de una comunión tan grande, nos hace gustar de privilegios tan raros y tan ricos, como nunca ha sido conocido en los más brillantes días de la Iglesia.

Todo hombre de Dios necesita recordar esto: No hay comodidad, no hay paz, no hay fuerza, no hay poder moral, no hay elevación verdadera que se derive de mirar las ruinas. Nosotros tenemos que salir de las

ruinas al lugar donde nuestro Señor Jesucristo se ha sentado, a la diestra de la Majestad en los cielos, o, más bien, —para hablar más de acuerdo con nuestra verdadera posición— nosotros podemos mirar hacia abajo, desde nuestro lugar en los cielos, a todas las ruinas de la tierra, para darnos cuenta de nuestro lugar en Cristo, y estar ocupados en el corazón y en el alma con El; este es realmente el secreto del poder que nos sostiene a nosotros mismos como hombres de Dios. Tener a Cristo para siempre ante nosotros, su obra para la conciencia, su persona para el corazón, sus palabras para el camino, todo esto constituye un gran y soberano remedio para la ruina del mundo, para la ruina de la iglesia.

Ojalá que nuestro Señor nos guíe a una más profunda consagración de nosotros mismos, en espíritu, alma y cuerpo —todo lo que somos y todo lo que tenemos para su servicio.

(C.H.M., condensado)



CITAS ESCOGIDAS

"Lo mejor que tiene Dios para darnos sólo puede ser nuestro si esperamos pacientemente en su presencia."

F.B. Meyer

"He descubierto que mientras más amor demuestro a una persona, mayor impacto tengo en su vida."

Howard G. Hendricks

"No se puede dar más de lo que uno ha experimentado".

Kathryn Kuhlman

"Dios quiere que brillemos. No todos podemos ser faros, pero cualquiera de nosotros puede ser una velita de sebo."

D.L. Moody

"El servicio es un desbordamiento de la vida de un cristiano ante los demás, de la misma manera que la adoración es el desbordamiento de la vida del cristiano ante Dios."

Kenneth C. Fleming

"Si Dios no te ha estado usando, es probablemente porque no has sido utilizable."

David Wilkerson

"Señor, no me dejes vivir hasta llegar a ser inútil."

(Oración de Juan Wesley)

"La vida de uno que sirve a Dios llega a su fin cuando termina su servicio"

Watchman Nee

SEÑOR, ¿QUÉ QUIERES QUE HAGA? (Canción)

Señor, ¿qué quieres que haga,
después de todo
lo que has hecho por mí?
Ya que todo
me lo has dado de gracia,
¿qué puedo hacer por tí?

Sé que nada de lo mío te sirve,
pero sé también
que, en tus manos,
instrumento útil puedo ser.

De gracia he de dar
lo que de gracia recibí,
confiando en tu poder,
tu sustento y dirección;
yo iré por ti y en ti
donde quieras que vaya,
yo iré confiando en tu poder.
Envíame, Señor,
envíame a mí.

(Roberto Sáez)



(Musicalización
disponible en nuestro
Sitio Web)

Los nuevos labradores



Los judíos en días del Señor Jesús fueron los labradores malvados que rechazaron al Heredero, y no entregaron el fruto de la viña. De esta parábola surgen dos preguntas acuciantes para todo hijo de Dios: “¿Qué hemos hecho con el Hijo?”, y “¿Qué hemos hecho con la Viña?”

La parábola de los labradores de Lucas 20:9-19 contiene una síntesis de la obra de Dios entre los judíos.

Allí encontramos cuál fue la suerte del pueblo de Israel en su relación con Dios. Cuál fue la actitud que tuvieron en cuanto labradores de la viña de Dios.

Al juzgar la conducta que tuvo el pueblo de Israel ante Dios, solemos ser muy severos, o bien, desdeñosos. Como pensando que nosotros, en su lugar, hubiéramos actuado de manera diferente.

Sin embargo, veremos que podemos estar equivocados. La parábola de los labradores malvados no sólo tenía un mensaje para los judíos en tiempos del Señor. También tiene una seria advertencia para todos los hijos de Dios hoy.

Los labradores malvados

Veamos la parábola:

“Un hombre (Dios) plantó una viña (Jerusalén, Israel), la arrendó a labradores (los judíos), y se ausentó por mucho tiempo (todo el tiempo de la ley). “Y a su tiempo envió un siervo (un profeta) ... volvió a enviar otro siervo (otro profeta) ... volvió a enviar un tercer siervo (un tercer profeta). (A cada uno de estos siervos ellas rechazaron, golpearon, afrentaron, hirieron).

“Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado (el Señor Jesucristo); quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto.”

“Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid; matémosle, para que la heredad sea

nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. (le crucificaron). ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?

“Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre!”

Más abajo, en el versículo 19 dice: “... los principales sacerdotes y los escribas ... comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola”.

Los judíos se sintieron interpretados por los labradores de esta parábola; sin embargo, no tuvieron la sensibilidad para reaccionar con arrepentimiento. Ellos presintieron (al menos debieron de haber presintido) que quien estaba frente a ellos podría ser el hijo del dueño de la viña, pero no tuvieron ningún interés en averiguarlo; sólo querían sacárselo de encima.

Estaban demasiado cómodos disfrutando del fruto de la viña, tanto, que ellos quisieron quedarse con la heredad para siempre.

La destrucción de esos labradores (los judíos) se produjo en el año 70 d.C. cuando el general romano Tito arrasó a Jerusalén y dispersó a los judíos.

¿Qué pasó con la viña de Dios, es decir con la obra que Dios había entregado a ellos, con el testimonio que había puesto en Jerusalén? El Señor dijo: “Y dará su viña a otros.” En efecto, fue traspasada a la iglesia... ¡Y aquí termina la parábola!

La iglesia, es decir, todos los creyentes – judíos y gentiles, pero mayoritariamente gentiles-- son esos “otros” labradores a quienes Dios encargó su viña.

Nada se dice de qué suerte corrió la viña en manos de estos nuevos labradores. ¿Por qué? Porque esa historia se está escribiendo todavía. ¡Nosotros la estamos escribiendo! Al final de este día dispensacional, de esta era –la era de la iglesia– el Señor nuevamente vendrá a tomar examen a los labradores.

Esta vez, sin embargo, las cosas serán diferente a la vez anterior. ¿En qué?

El Hijo del Dueño no vendrá con humildad, sino con poder; y los labradores, no serán los judíos, sino nosotros.

Ahora bien, en la versión Reina-Valera, esta parábola lleva por título “*Los labradores malvados*”. De verdad, ¡los judíos fueron labradores malvados! Pero, ¿qué título será puesto a la segunda parte de esta parábola, la que estamos escribiendo hoy? ¿Será algo así como: “Los labradores malvados, II Parte”? ¿O será “Los labradores fieles”? ¿Diremos: ¡Dios nos libre!, como dijeron los judíos? ... ¡Ellos no fueron librados!

¡Oh, amados cristianos, esto es muy serio!

¿En qué consistió la maldad de los labradores anteriores?

Los judíos en tiempos de Jesús expresaron su maldad de dos maneras:

- a) con respecto *al hijo* del dueño, a quien rechazaron y mataron.
- b) con respecto a *la viña*: no dieron fruto e intentaron apoderarse de ella.

Ahora bien, ¿cuál es nuestra actitud y conducta hoy frente a estos dos asuntos? ¿Qué estamos haciendo con el heredero de la viña?, y ¿Qué estamos haciendo con la viña? Nos conviene estar apercibidos, porque el día de la rendición de cuentas se acerca.



¿Qué hemos hecho con el Hijo?

Cuando los judíos vieron al Hijo del Dueño de la viña, le reconocieron. Ellos dijeron: “*Este es el heredero; venid, matémosle.*” Le reconocieron, pero no le respetaron.

Juan 1:11 dice: “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.*” Le reconocieron, pero no le recibieron.

Hoy en día muchos cristianos se confían en eso, en haberle recibido. Ellos dicen: “Yo acepté a Jesús como mi Salvador personal. No soy como los judíos, que no le recibieron, y más encima, le mataron”. Y se quedan muy orondos. Ellos creen que habiéndole recibido una vez, es suficiente. ¡Pero no lo es! Si vemos los frutos que estamos dando, nos daremos cuenta que no es suficiente.

¿Tenemos conciencia de lo que es recibir de verdad al Señor?

Hay muchas formas de recibir al Señor. Y la mayoría de ellas no son mejores que la que tuvieron los judíos.

En el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos que Dios, de tiempo en tiempo, visitó a algunos hombres (o mujeres), por alguna razón específica. Ellos fueron unos pocos bienaventurados, porque le recibieron en sus casas por algunos minutos. Nada más. Esa fue toda su honra.

Veamos cómo le recibieron ellos.

1. Abraham

Abraham, el “amigo de Dios”, el padre nuestro en cuanto a la fe, le recibió en su tienda, según se relata en Génesis 18.

Cuando Abraham le vio, corrió a su encuentro. Aunque eran tres varones los que se acercaban, él reconoció en uno de ellos al Señor. Entonces, Abraham le rogó que no se fuera sin que le permitiera atenderlo. Luego, ordenó que se le trajera agua para los pies, y le trajo un bocado de pan. Tomó el mejor becerro; también mantequilla y leche, y los trajo al Señor. ¡Abraham se sentía muy honrado de tener a Dios como hués-

ped! Luego de comer, conversaron sobre el hijo que habría de tener Sara, y más tarde, el Señor caminó hacia Sodoma, con sus dos acompañantes ¡y con Abraham!

Allí en ese paseo por el campo surgió un deseo en el Señor. Él quiso compartir con Abraham su decisión con respecto a Sodoma. Tal como conversa un hombre con su amigo, le contó lo que iba a hacer con esa malvada ciudad.

Y Abraham tuvo el privilegio de dialogar con el Señor, y aun se permitió argumentar con Él a favor de ella.

Luego de esa ejemplar intercesión, el Señor “se fue” y Abraham “volvió a su lugar”. (v.33).

Jamás hubiera pretendido Abraham que el Señor se quedara con él. Eso no estaba dentro de sus posibilidades. Fue simplemente una visita. Una gloriosa e inefable visita, pero nada más. Abraham volvería, luego de esto, a su peregrinar de fe, como todos los días.

2. Gedeón

No volvemos a encontrar testimonio de una persona que haya recibido al Señor en su casa hasta los días de Gedeón.

Eran días de ruina, anormalidad y fracaso; sin embargo, Dios vino a la heredad de un tímido varón de Manasés.

Jueces capítulo 6. El Señor llega y se sienta debajo de la encina que está en Ofra. ¡Qué sencillez! ¡Qué familiaridad! Cuando Gedeón toma conciencia de quién es el que le visita, pide que se le conceda el honor de ofrecerle una ofrenda. El Señor se lo concede. Entonces Gedeón prepara un cabrito, y panes sin levadura, y lo presenta a Dios. El Señor, entonces hace subir fuego de la peña, y el holocausto se consume.

En ese momento, el Señor desaparece de su vista. Gedeón se llena de temor, porque piensa que va a morir, debido a que ha visto al Señor cara a cara. Pero el Señor lo tranquiliza.

Gedeón luego emprende un servicio precioso en favor del testimonio de Dios y

del pueblo de Israel. Sin embargo, aquello bajo la encina de Ofra, fue sólo una corta visita de Dios.

3. Los padres de Sansón

De nuevo en Jueces hallamos otra visitación de Dios. Esta vez en Zora, a la esposa de Manoa, de la tribu de Dan. (Jueces 13).

El Señor le anuncia a la mujer el nacimiento de un hijo nazareo. Ella lo cuenta a su esposo, quien pide al Señor que les enseñe lo que deben hacer.

El Señor aparece de nuevo a la mujer. Ella corre a avisarle a su marido. Él viene a encontrarse con el Varón. Manoa quiere atenderlo, pero el Señor le rechaza, si bien le autoriza a ofrecer un holocausto. Manoa le pregunta su nombre. El Señor sólo le dice: “*¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?*” (v.18).

Manoa ofrece el cabrito y una ofrenda, y el ángel sube en la llama del altar y desaparece. Manoa se postra, y, al igual que Gedeón, teme morir, porque – dice-- : “*A Dios hemos visto.*”

Sin embargo, Manoa no muere. Dios había tenido misericordia de él y de su mujer, concediéndoles la dicha de engendrar a un hombre de Dios.

Ellos habrían de guardar, seguramente, el más hermoso y dramático recuerdo de la visita de Dios, pero nunca podrían presumir de haberle recibido para siempre. El Señor vino y se fue. Fue sólo una visitación.

En el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, tenemos la más grande y asombrosa visitación de Dios al hombre, una visitación jamás imaginada en los tiempos anteriores. Dios se hizo carne, tomó forma de hombre. Descendió de la gloria inmarcesible a este oscuro lodazal terreno.

Como se ha dicho, el Señor fue reconocido, pero fue rechazado. Sin embargo, algunas personas le recibieron en sus casas y en sus corazones.

(Continúa en la página 12)

(Viene de la página 11)

Si miramos los evangelios encontramos varias formas como algunas personas recibieron al Señor. La forma como ellos le abrieron la puerta de sus casas puede graficar la forma cómo algunos de nosotros le hemos recibido en nuestro corazón.

1. Jairo

Jairo era un hombre importante en los días del Señor Jesús. Era principal entre los judíos. Este tenía una hija de 12 años, que enfermó y murió.

Este hombre había oído hablar del Señor, y su fe se había alimentado al oír los muchos prodigios que realizaba en los enfermos. Así que, en el colmo de su angustia, envía por el Señor para que venga a su casa.

El Señor acude. El panorama allí era desolador. Tocaban flautas y hacían alboroto, conforme a su costumbre. Entonces, el Señor –ante quien la muerte retrocede, espantada– tomó la mano de la niña y le levantó, viva.

El llanto cede su lugar a la alegría. Las flautas truecan su canto; la vida se manifiesta. ¡La resurrección ha entrado en esa casa!

Pero, preguntémosnos: ¿Por qué Jairo le abre las puertas de su casa al Señor? ¿Por causa del Señor, por reconocer quién era Él, por acogerle, para adorarlo, para amarlo? ¡No! Fue porque Jairo tenía una necesidad. ¡Una tremenda necesidad!

El Señor, que es amor puro, que es el amor más excelente, oyó el grito de angustia de este hombre, y le concedió lo que pedía. ¡Sin embargo, no nos engañemos! ¡Jairo no tenía la mejor de las motivaciones!

Algunos hemos recibido al Señor como Jairo. Hemos invitado al Señor para que nos solucione un gran problema: tal vez una grave enfermedad, un hijo rebelde, una asfixiante bancarrota, un matrimonio en ruinas. El Señor ha llegado a ser para nosotros un solucionador de problemas, una especie de mago feliz que convierte en realidad nuestros sueños.

¡No es esta la mejor motivación para recibirle! Si fue así con nosotros en un principio, es preciso que eso cambie definitivamente.

2. Simón el fariseo (Lucas 7:36-50)

Los fariseos eran gente muy religiosa, pero la suya era una religiosidad basada en la apariencia. Ellos fueron objeto de graves acusaciones por parte del Señor. Sin embargo, Él también aceptó invitaciones de algunos de ellos. ¿Cómo podría ser otra mane-

ra? Su amor infinito no conocía fronteras, su gracia insondable no tenía prejuicios.

Simón era un fariseo. Este rogó al Señor que comiese con él. Invitó también a sus amigos. Fue una gran ocasión aquella.

El ambiente era selecto. Todo estaba en orden. La conversación fluía grata. ¡Valía la pena tener a este Hombre en casa!

Sin embargo, algo insólito ocurre de pronto. Algo que rompe el decoro: ¡Una mujerzuela ha entrado furtivamente y se ha echado a los pies de Jesús!

La mujer llora, y sus lágrimas ruedan sobre los pies del Señor. Luego, ella seca los pies con sus cabellos, los perfuma y los besa.

El fariseo está espantado. Él ha invitado a Jesús, pero no a esa mujer. Él quiere sólo a Jesús (es famoso), pero no a quienes vienen a su casa por causa de Jesús (ies gente ordinaria!).

Simón juzga al Señor en sus pensamientos. El Señor, entonces, interrumpe a Simón, para decirle que esa mujer hizo mejor que lo que hizo él. Que esa mujer le ha amado más que él, por cuanto sus muchos pecados le fueron perdonados.

Los pensamientos de Simón le delatan. En realidad, él no invitó a Jesús porque creyera que es el Hijo de Dios, sino para probarle si era de verdad un profeta. Además, él no estaba de acuerdo en recibir en su casa a personas como esa mujer.

La forma como Simón recibió al Señor refleja también como le hemos recibido algunos de nosotros. El hogar de Simón no fue acogedor para Él; fue frío y hostil.

Cuando Jesús es recibido como Señor, las cosas comienzan a cambiar rápidamente: el hombre cambia, la familia cambia, las prioridades se alteran. ¡Ha llegado el Señor!

Mientras todo estuvo según el orden establecido, todo estuvo bien. Pero ¿y después?

Nuestro corazón es, a veces, tan estrecho como el de Simón. No amamos al Señor, y más encima juzgamos a quienes le aman, especialmente si no son de nuestro agrado. En nuestro corazón no caben todos los hijos de Dios, sino sólo aquellos que componen nuestro pequeño círculo.

3. Zaqueo. (Lucas 19:1-10).

Distinto, muy distinto, es el caso de Zaqueo.

Este pequeño hombre ansiaba conocer a Jesús. Cuando el Señor le vio sobre el árbol, le ordena que baje. No pregunta, sino ordena. Esto es lo primero que llama la atención aquí.

El episodio de Zaqueo nos muestra mejor que ningún otro el señorío de Cristo. Él quiere posar en su casa, y Él debe ser recibido.

La presencia del Señor provoca tal gozo en Zaqueo, que él, espontáneamente, se pone en pie para anunciar que da la mitad de sus bienes a los pobres, y devuelve cuadruplicado lo que haya defraudado a alguno.

El Señor, entonces dice: “*Hoy ha venido la salvación a esta casa*”. Es que la salvación va acompañada con cosas como esas: arrepentimiento, y frutos dignos de ese arrepentimiento.

Cuando Jesús es recibido como Señor, las cosas comienzan a cambiar rápidamente: el hombre cambia, la familia cambia, las prioridades se alteran. ¡Ha llegado el Señor!

Cuando, en cambio, es recibido sólo como un Apoyo-para-mi-vida, un Médico-de-Cabecera, o como un Seguro-contraincendios, la cosa queda muy desfigurada. El Señor pasa a ser sólo un talismán, un curalotodo, un mero sirviente.

Zaqueo nos enseña cómo se debe recibir al Señor en la casa. Cómo, con qué gozo, con qué prontitud, se ha de aceptar el señorío de Cristo.

4. Marta y María (Juan 12:1-3)

En casa de Lázaro, sus dos hermanas sirven al Señor. El Señor y Amigo ha sacado a Lázaro del sepulcro, lo ha levantado de la muerte, ¿cómo no amarle más aún que antes?

Las hermanas están cada una en lo suyo. Marta, la que ayer se afanaba y turbaba sirviendo, hoy sirve otra vez; María, la que ayer se postraba a sus pies para oír su palabra (Luc.10:38-42), ahora le adora, ungiéndole los pies con ese exquisito perfume de nardo puro.

Marta le ama con su lenguaje, con el idioma de las acciones y los hechos; ella es la ama de casa, que se preocupa de los detalles prácticos, de que todos estén bien atendidos. María le ama, en cambio, con la dulzura del amor contemplativo. Su alma se derrama delante de Él en cada gota de ese perfume. Toda la casa lo sabe, porque se llena de ese suave olor. Y aunque los discípulos no la entienden, el Señor la entiende, y la alaba. ¡Oh, bienaventuranza la de esa mujer!

La casa de Lázaro es feliz porque está el Señor. Lázaro es feliz porque está sentado a la mesa con el Señor. Sus hermanas son felices porque aman al Señor. Todo es perfecto allí.

El hogar de todos aquellos que Él sacó de la muerte debiera ser eso. Un lugar donde se ama al Señor, donde se le sirve y se le adora. *Porque la diferencia entre la muerte y la vida es demasiado grande como para olvidarlo.*

Un hogar donde están (por así decirlo) estos tres hermanos en lo suyo. Lázaro a la mesa con Él, María, la diaconisa, sirviéndo-

le, María, la profetisa, adorándole a sus pies.

Sin embargo, nuestra experiencia suele ser muy distinta.

Una alegoría contemporánea

Es una casa cualquiera, de una ciudad cualquiera, en un país cualquiera.

El papá está sentado en el living viendo un partido de fútbol.

De pronto, alguien toca a la puerta.

Papá no oye (o no quiere oír). Tocan de nuevo. El papá se mueve, inquieto.

Al tercer golpe, se levanta, contrariado. Abre. Lo que ve le llena de asombro.

-- ¡Es el Señor! -- exclama -- ¡Adelante! ¡Por favor, pasa, toma asiento!

El Señor intenta iniciar un diálogo, pero el papá no deja de ver televisión. Las jugadas se suceden rápidas. No hay respiro ni para los jugadores, ni para el árbitro, ni para papá.

El Señor espera. Papá grita un gol.

El Señor intenta decir algo. Papá le pide que, por favor, calle, que luego lo atenderá.

El Señor intenta hablar de nuevo, ahora parece que es para disculparse, e irse. Pero papá no ha captado la intención. Así que le dice, de nuevo, que, por favor, sí, por favor, que calle.

(Eso equivale a ponerle una mordaza. El Señor lo está cuando nos negamos a oírle, cuando mantenemos cerrado el Libro por semanas y meses, cuando pensamos que la predicación en la iglesia es para otro, no para nosotros. O bien cuando leemos el Libro como si fuera un matutino.)

Para no seguir molestando, el Señor pide permiso y se dirige a la cocina. Papá no se da cuenta, porque justo en eso marcan un penal.

En la cocina está mamá cantando una canción de la radio. La canción es alegre, y también rítmica. Las manos cocinan al compás del frenético ritmo. Por momentos, su cuerpo también acompaña.

El Señor le habla quedo (su voz al corazón del creyente lo es). Insiste un poco más fuerte. No logra hacerse oír.

El Señor se aleja. Sube las escaleras. El simplemente busca alguien con quien compartir.

Golpea la primera puerta. Es la pieza del hijo mayor. Luego de escuchar un "¡adelante!", se asoma lentamente.

¡Hola! -- Le dicen desde adentro. -- ¡Pasa!

Pero luego de mirarle (tan rápido), el joven vuelve la mirada a la pantalla del computador. En realidad no le ha reconocido. Piensa que es su amigo del Colegio. Así que le comenta lo que va viendo. Está como hipnotizado. Las imágenes, delgadas siluetas, seductoras, atractivas, se deslizan fugazmente. El joven está como enloquecido.

El Señor se levanta y sale. El hijo no se da cuenta que se ha ido. Y tampoco le importa, en realidad.

El Señor camina por el pasillo hacia la se-

gunda puerta. Es la pieza de la hija. Golpea. Nadie contesta.

El Señor golpea de nuevo, y se oye un "¡adelante!" muy despacio.

Entra suavemente. Ella está acostada, dormitando. Apenas ha entreabierto los ojos y se vuelve hacia el rincón. El Señor echa una mirada a la pieza.

Las paredes están tapizadas de posters, y fotos gigantes. Cantantes de moda (rostros infernales, gestos grotescos, fuegos dantescos), actores de cine y televisión (torsos

desnudos, actitudes procaces). En un rincón, todo tipo de fetiches, animales, dragones (en segunda y tercera dimensión).

El Señor sale del cuarto.

Baja las escaleras. En el living, el partido ha terminado. El papá se sorprende al verlo todavía por ahí. Pensaba que se había ido.

La madre sale de la cocina, anunciando que la cena está lista. Ve al Señor, se sorprende, y también se alegra. Le pide que se quede a cenar con ellos.

El Señor acepta.

La madre llama a los hijos. Ellos bajan a comer.

En la mesa, la conversación se desarrolla desgana, casi incoherente. Cada uno parece estar imponiendo su propio tema, sin lograrlo.

El padre trata de reunir las cosas.

--"Hablemos de la última reunión"--dice.

Pero ellos no se ponen de acuerdo. La conversación (si es que se le puede llamar así) sube de tono.

De pronto, ya es discusión. Desde un extremo al otro de la mesa se cruzan las palabras violentas. Hay descalificaciones y lágrimas. Alguien se para de la mesa. Se oye un portazo.

El Señor trata de decir algo, pero sólo se escuchan las mutuas recriminaciones de los que quedan.

El Señor se levanta (nadie se da cuenta); camina despacio hacia la puerta (nadie lo ve); y se va (nadie lo echa de menos).

Un privilegio mayor que el de los antiguos

"El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y le manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él." (Juan 14:21-23).

Abraham, Gedeón y los padres de San-

són recibieron la visita del Señor por unos momentos, una visita que llenó de gozo y, a la vez, de temor sus corazones; Jairo, Simón, Zaqueo, Marta y María recibieron al Señor en sus casas con diferente actitud, pero le tuvieron por algunas horas. ¡Qué privilegio!

Sin embargo, el privilegio nuestro es aún mayor. Nosotros los cristianos no hemos recibido al Señor como una visita, sino como un Morador permanente. Él dijo, incluyendo al Padre: "Haremos morada con él".

Al finalizar el versículo 21 dice: "Y me manifestaré a él", lo cual nos hace recordar las visitas esporádicas del Antiguo Testamento. Pero luego agrega: "Y haremos morada con él" (v.23). Lo cual nos asegura una habitación permanente.

¿Cómo le tiene usted? ¿Cómo uno que se le manifiesta de tarde en tarde? ¿Como una visita que (como suele decirse) alegra cuando llega, pero más cuando se va? ¿O es en su corazón un Morador permanente, que se sabe acogido y amado allí?

Una amorosa invitación

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." (Apoc.3:20).

Pareciera difícil llegar a pensar que el Señor pueda estar entrando y saliendo del corazón de un creyente. Pero estas palabras de Apocalipsis nos demuestran que eso es posible.

La alegoría anterior, aunque llevada al extremo de una caricatura, no es menos posible.

El Señor no puede habitar en una casa (y en un corazón) donde no es acogido, donde no se le valora por lo que Él es. El amoroso corazón del Señor espera por sus amados.

¿Acaso no nos ha hablado muchas veces así? Y entonces sus palabras suelen ser tristes (aunque dulces), como las que consigna el Espíritu Santo en el Cantar de los Cantares:

"Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío,

mis cabellos de las gotas de la noche." (5:2)

Sin embargo, las nuestras han sido muchas veces como las de la sulamita:

"Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir?

He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar?" (5:3).

(Continúa en la página 14)

Los cristianos no hemos recibido al Señor como una visita, sino como un Morador permanente.

(Viene de la página 13)

Palabras que expresan la comodidad y la modorra de quien se siente satisfecho y feliz, pero que ha olvidado cuál era su antigua condición. Palabras de quien no ama lo suficiente a Quien le ama tanto.

Ella ahora ya no se molesta por Él. Está acostada, limpia, vaporosa. Él en cambio, está salpicado por las gotas de rocío. Aun su calzado está cubierto de lodo.

El Señor dice en Apocalipsis: “*Si alguno oye mi voz ...*” Es que Él ya ha perdido la esperanza de hacerse oír. Las muchas voces que los hijos de Dios oyen en el mundo les han vuelto sordos a la voz del Pastor.

Parecen palabras de otra época, desconocidas e irreales, las palabras del buen Pastor: “*Mis ovejas oyen mi voz y me siguen*”. Ahora se cambiaron por: “*Si alguno oye mi voz*”.



¿Qué hemos hecho con la viña?

En Isaías capítulo 5 está la parábola de la viña. Allí se describe lo que el Señor hizo en su viña. Hizo todo lo que un buen viñador podía hacer por ella: la cercó, la despedregó, plantó vides escogidas; puso en medio una torre, y también un lagar.

Luego, Él se pregunta: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?”. Sin embargo, a la hora de los frutos, el resultado fue lamentable. En vez de dar uvas, dio uvas silvestres. En vez de juicio, dio vileza, en vez de justicia, produjo clamor. (v.7).

La obra de Dios hoy también es una viña.

El Señor puso en ella todo lo que podía poner para asegurar el mejor fruto. Realmente, lo hizo todo. Mejor aún que en los

¿Qué de nosotros?

Los labradores malvados (los judíos en tiempos de Jesús) echaron fuera de la viña al Señor Jesús, y le mataron.

Simple. Categórico. Trágico.

Los nuevos labradores de la viña, ¿qué han hecho con Él?

¿Le amordazan, le encadenan? ¿Le zahieren, le ofenden? ¿Le postergan, le ignoran?

¿Le han echado del cálido lugar que alguna vez ocupó en su corazón?

¿Está afuera, a la intemperie? ¿O bien adentro, pero arrinconado, en el desván?

Cuando se escriba la segunda parte de esta parábola, ¿qué se dirá de estos labradores? ¿Qué se dirá de nosotros? ¿Qué título le pondrá el cronista?

¿Qué será de nosotros entonces?

TUYA ES MI CASA

Que si pasas por mi puerta, te detengas, mi Señor; hay enfermos en mi casa: necesitan sanidad.

Si no tienes mucho apuro, que te quedes a cenar;

y si ya llegó la noche, bien te puedes hospedar.

Si mañana, al desayuno, Tú quisieras compartir,

me levantaré temprano con mis hijos, mi mujer,

y la abuela que sanaste se levante a hacer el pan;

y así, todos reunidos, danos tú la salvación.

Que te quedes cuanto quieras: todo el día, todo el mes;

todo el año, hasta siempre, no te vayas mi Señor.

Llenaremos nuestra casa con la gracia de tu amor:

toma Tú toda la estancia: ¡quédate en mi corazón!

Claudio Ramírez L.

tiempos de los antiguos labradores.

Preparó el corazón, y puso una vid de la mejor cepa. Una vid capaz de rendir las mejores uvas, y el mejor mosto.

Cada hijo de Dios hoy es un nuevo labrador. Cada uno ha sido llamado a tomar parte en las labores. Cada uno tiene una porción de trabajo que realizar. Cada uno posee –por así decirlo– una vid bajo su cuidado.

El estado de nuestra vid muestra la calidad de nuestro trabajo, la preocupación, la diligencia y la ternura que hemos puesto en ella.

Una escena familiar

Los maestros de escuela suelen, al comenzar la clase, asignar trabajos a sus alumnos para revisarlos al final de la hora.

Se entregan los materiales, se imparten las instrucciones, y se comienza a trabajar.

Una vez cumplido el tiempo, todos los niños hacen fila para mostrar su obra de arte (una maqueta, tal vez, o un dibujo). Cada niño se refleja en el trabajo que ha realizado.

Unos se ven pulcros, ordenados, perfectos; otros, en cambio, están sucios, como recogidos de una charca.

Todos los niños, curiosos, miran cada uno el trabajo de su compañero. Las miradas de unos escrutan con satisfacción al profesor y esperan su aprobación. Las de otros, temen su veredicto.

Entonces, el profesor dictamina. Su calificación es irrevocable.

¡Esta es una escena familiar en todas las escuelas del mundo!

Así será, más o menos, el día aquél cuando comparezcamos ante el Señor. Cada uno llevará el trabajo que ha hecho. Y el Señor dará el fallo, inapelable. No habrá entonces tiempo para rehacerlo, no habrán esos minutos adicionales que algún profesor bonachón otorga a sus alumnos más lentos.

En aquel día –siguiendo con la alegoría de la viña– cada uno de nosotros, de pie junto a su vid, esperará la visita del Hijo del Dueño. Él pasará revista a las vides. Él –experto catador de la uva– sancionará la calidad del dulce fruto. Ese día habrá labradores felices, y otros, no tanto.

Antes que la noche venga

El Señor Jesús, cuando estuvo en la tierra, dijo: *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”* (Juan 5:17). Y: *“Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.”* (Juan 9:4).

Cuando miramos al Señor en su ministerio terrenal, nos asombra la cantidad de cosas que hizo, las ciudades que visitó, los enfermos que sanó, la diligencia que mostró para ir y venir desde Galilea a Judea. Caminando, como todos.

Él no aceptó relajarse, ni tampoco quiso quedarse en un lugar más de lo necesario, apremiado por las necesidades que veía más allá.

Él tenía el mejor ejemplo: *“Mi Padre hasta ahora trabaja”*, por eso agregaba: *“Y yo trabajo”*. ¿No es éste también un ejemplo para nosotros?

Él sentía la urgencia de trabajar porque sabía que la noche se acercaba. Para Él, el día fueron esos tres años y medio de su ministerio. Luego, vino la noche, y su muerte. Sin embargo, Él llegó a esa hora con la satisfacción de la labor cumplida: *“Padre, yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”* (Juan 17:4). ¡De verdad había trabajado con diligencia! Y había concluido su obra. Por eso en la cruz dijo: *“Consumado es”*.

Para nosotros, ¿cuál es el día? Y ¿cuál es la noche?

El día es el corto tramo de nuestra vida útil, de nuestros años de vigor. Es el tiempo que Dios nos ha asignado para vivir, luego de tener la fe en nuestro corazón. Para el Señor fueron tres años y medio. Para nosotros ¿cuánto será? Puede ser una larga jornada de varias décadas, como también puede ser apenas una hora!

¡Oh, no lo sabemos, no sabemos!

A algunos hijos de Dios les cayó la noche de repente, en un accidente, en una en-

fermedad corta pero incurable. Ellos tenían fuerzas aún, ellos estaban llenos de planes. Algunos de ellos, tal vez, de verdad querían servir al Señor.

Pero la noche se les vino encima, y ya no hubo lugar. *“La noche viene, cuando nadie puede trabajar”*

Para nosotros, que vivimos en este postrer tiempo, el día es también esta dispensación, la de la gracia o la de la iglesia. Cuando venga el Señor por su amada, ya no habrá más lugar para el trabajo. Se acabará este día dispensacional.

De manera que estamos apremiados por todos lados. Sea este día nuestra corta vida terrena, o sea esta dispensación que ya se acaba, estamos puestos en estrecho. Nos constriñe la incerteza de nuestra partida, y la incerteza del momento en que vendrá el Señor. Ambas son inminentes. Para ambas tenemos que estar preparados.

¡Ay! ¿Cómo está nuestra pequeña vid?

El trabajo de la viña

Quien ha trabajado en una viña sabe que no toda uva que se vende, o todo vino que se bebe, es de calidad. Quien ha trabajado en una viña sabe discriminar entre lo bueno y lo malo.

Para que un fruto sea de calidad ha de cultivarse la vid con esmero.

La vid necesita ser podada cada año. La tendencia a llenarse de hojas es muy fuerte y muy letal para el buen fruto.

Cuando la vid es podada “llora”. (Este es el lenguaje de los viñadores). Puede ser una semana o diez días, pero la vid llora. Nosotros sabemos que la poda en el creyente es la disciplina de Dios, que hace posible una mayor cantidad de fruto (Juan 15:2). Ningún hijo de Dios puede escapar a ella. (Hebreos 12:8).

Una vez que el fruto ha salido, es preciso ‘ralear’ las hojas, de lo contrario, la humedad lo pudrirá. El follaje puede ser muy grato a la vista, pero a la hora del fruto no sirve de nada. (Mateo 21:19). El follaje es la apariencia de piedad, es la búsqueda del vano aplauso, es la obra que se construye con madera, heno y hojarasca. (1ª Corintios

3:12-13).

El fruto de la vid debe madurar con el sol, en los tiempos que Dios ha establecido. Con la moderna tecnología, se hace madurar artificialmente los viñedos, para obtener un mejor precio. Sin embargo, en las cosas del Espíritu, todo debe ser en los tiempos de Dios. Para que la uva tenga el sabor pleno, debe haber estado todo el verano recibiendo los rayos del sol debidamente filtrados por las hojas.

El calor de nuestro Sol de justicia es insustituible, y sus plazos son buenos. En ellos hallamos salud para nuestro corazón, y, de paso, somos ejercitados en la paciencia.

La viña del hombre perezoso

“Pasé junto a la viña del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento; y he aquí que por toda ella habían crecido los espinos, ortigas habían ya cubierto su faz, y su cerca de piedra estaba ya destruida. Miré, y lo puse en mi corazón; lo vi, y tomé consejo. Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir; así vendrá como caminante tu necesidad, y tu pobreza como hombre armado.” (Proverbios 24:30-34).

Este hombre es perezoso y falto de entendimiento. Su viña está llena de espinos y de ortigas. Sus espigas oprimen las vides. No hay frutos. Aun la cerca está destruida.

El labrador dormita todo el día, su cabeceo permanente es proverbial entre quienes le conocen. Él no tiene tiempo para atender sus labores. Él necesita dormir.

Los espinos son los afanes de este siglo, el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas (Mateo 13:22; Marcos 4:19). Todo eso ahoga la vid y no le permite dar fruto.

Pero eso no es todo. Hay un enemigo que acecha.

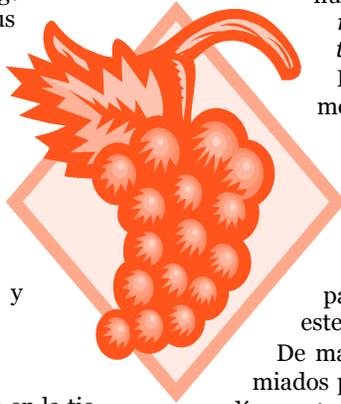
Las zorras pequeñas.

“Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; porque nuestras viñas están en

cierne” (Cantar de los Cantares 2:15).

La cerca está destruida, así que las zorras pueden entrar libremente. Las zorras grandes persiguen el fruto de la vid, pero las zorras pequeñas tienen la particularidad de quebrar las ramas de la vid. El daño cau-

(Continúa en la página 16)



(Viene de la página 15)

sado por las grandes se puede recuperar más fácilmente que el causado por las pequeñas.

Las zorras pequeñas son los pequeños pecados, las debilidades no juzgadas. Tal vez, un hábito no aborrecido, una mala mirada consentida. No son grandes pecados, ni faltas abominables. Pero son los más peligrosos, porque arruinan el fruto cuando está en ciernes.

Nuestra vida puede estar intentando dar fruto. Luego de un largo día de infertilidad, puede ser que nuestra vid esté floreciendo. Entonces, el dulce fruto debe ser cuidado. Un hermano ha dicho: "Las pequeñas zorras hacen su daño antes que la vida de resurrección en Cristo se establezca firmemente." ¡Justo en el momento más peligroso!

Entonces, el llamado es a cazar las zorras pequeñas. "Cazadnos" es un llamado colectivo, porque solos no podremos vencer. Necesitaremos de la comunión con los hermanos para lograrlo.

¿Por qué estáis desocupados?

En Mateo 20 encontramos otro aspecto de nuestra responsabilidad en el trabajo de la viña.

Aquí el viñador salió temprano a contratar obreros para su viña. Convino con ellos en cuanto a la paga, y los envió a trabajar.

Luego, como a las nueve de la mañana, vio a unos que estaban en la plaza, desocupados.

Más tarde, como a las 12, y luego a las 3 de la tarde encontró a otros, y los mandó a trabajar también.

Finalmente, como a las 5 de la tarde, poco antes del término de la jornada (que

terminaba a las seis), halló a unos que estaban desocupados, y les dijo:

-- ¿Por qué estáis aquí desocupados?

-- Porque nadie nos ha contratado – dijeron ellos.

-- Id también vosotros a la viña – les dijo – y recibiréis lo que sea justo.

Algunos de nosotros estamos como estos hombres que, casi al término de la jornada, cuando el día ya expira, todavía estamos esperando

que alguien nos contrate, en circunstancias que el Señor hace mucho tiempo que nos mandó a laborar.

Permita el Señor que oigamos su voz diciéndonos: "¿Por qué estáis desocupados? *Id a mi viña*"

No es hora de sentarnos en la plaza. Allí están los que no tienen nada que hacer. Ellos van a mirar el cielo, a contar lentamente las horas, a esperar tranquilamente que venga la noche.

Nosotros tenemos que decir, como el Señor: "Entre tanto que el día dura, tengo que hacer las obras de mi Padre, porque viene la noche cuando nadie puede trabajar."

Sentados debajo de su vid

Miqueas 4 comienza describiendo los días del milenio, es decir, del reinado de Cristo sobre Israel y sobre toda la tierra.

Es interesante ver cómo en ese tiempo de paz perfecta, en que las espadas y lanzas se trocarán en azadones y hoces, en que no habrá más guerra, "se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente ..." (4:4).

Sentarse debajo de la vid será un privi-

legio para quienes vivan en aquel siglo. Será el privilegio de quienes hoy han cultivado suficiente su vid como para sentarse mañana a su sombra.

Los que hoy trabajan, mañana se sentarán debajo de su vid. Los que hoy descansan, no tendrán vid mañana bajo la cual sentarse.

A diferencia de la salvación, que es gratuita por la fe en el Señor Jesucristo, el reino no es alcanzable por la fe, sino por las obras de amor de quienes, siendo salvos, han rendido sus vidas a Dios para servirle en el espíritu. Este no será, por tanto, el privilegio de todos los salvados, sino de unos pocos.

Hay mucho trabajo que hacer, ¿cómo podríamos perder el tiempo? Se cuenta de Juan Wesley, que un día en que su coche le hizo esperar algunos minutos, exclamó con impaciencia: "¡He perdido diez minutos para siempre!" ¿Cómo están siendo invertidos –o perdidos– los minutos nuestros?

Hoy tenemos que atender nuestra vid, tenemos que despedregarla, arrancar los espinos y las ortigas que la ahogan. Tenemos que restaurar la parte que nos corresponde en el vallado. ¡Ha estado tan descuidada!

Tenemos que cuidar sus frutos, y extender sus vástagos. Tenemos que proveerle de abundante riego para que rinda al máximo. (Ezequiel 19:10).

Que el Señor nos permita hacerlo. Que

nos conceda la diligencia y el amor para hacerlo bien. Si no, la parábola de los labradores malvados tendrá una

Los que hoy trabajan, mañana se sentarán debajo de su vid. Los que hoy descansan, no tendrán vid mañana bajo la cual sentarse.

triste continuación en nosotros, y eso, a pesar de que ya teníamos los antecedentes de los labradores anteriores.

¡Oh, no tendremos excusa! ¡Señor, ayúdanos!

DE PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA

"Un hombre sacó un pasaje para viajar en diligencia. Había boletos de primera, segunda y tercera clase. Pero cuando fue al coche, vio que todos estaban sentados juntos, sin ninguna diferencia. Partió la diligencia, y al rato llegó al pie de una colina. El coche se detuvo, y el cochero gritó: "¡Pasajeros de primera, permanezcan sentados. Pasajeros de segunda, salgan y caminen. Pasajeros de tercera, vengan atrás y empujen!"

En la iglesia no tenemos lugar para pasajeros de primera, gente que cree que la salvación significa un viaje cómodo al cielo. No tenemos lugar para los pasajeros de segunda, que son transportados la mayor parte del tiempo, y que cuando tienen que trabajar, van caminando por su cuenta sin pensar en la salvación de los demás. Los cristianos deben ser pasajeros de tercera, listos para bajar del coche, empujar todos juntos, y empujar bien fuerte."

Citado por D.L. Moody

Todo creyente tiene, al menos, un don; su responsabilidad delante de Dios es proporcional al don recibido.

¿Qué estamos haciendo con los dones?



Los talentos son los dones espirituales

Nuestro Dios es un Dios rico. Posee todas las riquezas, los mundos, todo lo creado: sea visible o invisible.

Dios no se complace tanto en dar cosas que son hechuras de sus manos, sino más bien se goza en dar aquello que comparte su misma naturaleza. Dios es Espíritu, y los dones mayores son los dones espirituales.

El hombre puede, mediante su esfuerzo, hacer cosas, diseñarlas y fabricarlas. Pero el hombre no puede crear gracias espirituales y darlas. Esto es privativo de Dios.

Dios, por medio de su Espíritu, nos ha dado dones. “*Nada os falta en ningún don*” – decía el apóstol a los Corintios. (1^a, 1:7). Y si alguno no los tenía, el apóstol les instaba a que “*procuraran los dones mejores*”. (12:31).

En la parábola de Mateo 25:14-30, los talentos dados a los diversos tipos de siervos, son dones. ¡Dones específicos, en la cantidad específica, para un servicio específico, y con una rendición de cuentas un día específico!

Procurar los dones mejores

La iglesia en Corinto era una iglesia apostólica, y en muchos aspectos era una iglesia normal. Cuando Pablo les dice que nada les faltaba en ningún don, hace un correcto diagnóstico de lo que es una iglesia normal. Los dones “milagrosos” del capítulo 12:8-10 capacitaban a los creyentes corintios para un servicio espiritual.

La iglesia en Roma también era una iglesia normal, y tenía dones. En Romanos 12:6-8 encontramos los dones que algunos han denominado “de gracia”, y que, a diferencia de los “milagrosos”, se asocian más (aunque no exclusivamente) con el ministerio levítico.

Pero sean los dones ‘milagrosos’ o los

‘de gracia’, ellos han sido derramados abundantemente sobre los hijos de Dios, y esperan por su utilización y fructificación.

¿Alguno cree no tener ningún don? La parábola de los talentos nos da a entender que todos tenemos talentos. ¿Hay alguien

que desee algún don particular? Pues, pídale a Dios.

Dios quiere compartir sus dones a sus hijos, para que ellos puedan “mostrar ... las abundantes riquezas

de su gracia” (Ef.2:7). Ahora bien, nosotros no vemos que todos los hijos de Dios tengan todos los dones que quisieran. ¿Por qué no da Dios indiscriminadamente todos sus dones a todos sus hijos?

Nuestra propia experiencia de padres nos muestra que esto no puede ser así. Hay, al menos, dos cosas que la experiencia de ser padre nos enseña:

Primero, que no todos los hijos están en las mismas condiciones para hacer buen uso de ciertos dones. Por lo tanto, el concederlos puede ser un mal y no un bien.

Segundo, que sólo el que pide, recibe. Un hijo que insiste en algo que quiere, puede obtener lo que pide, no así aquel que se muestra indiferente. Hay hijos de Dios que no desean los dones espirituales. O si lo desean, no lo desean tan fuertemente como debieran.

Un hijo que pide a Dios sus dones mejores ha hecho una correcta evaluación de lo que para Dios es más importante. Al hacerlo, está diciendo que prefiere las cosas eternas, y que, para él, los dones de Dios superan lo que a los ojos de los hombres es sublime.

En esto, Jacob y Esaú tienen algo que decirnos. Jacob era astuto y engañador, pero la evaluación que hizo de los dones espirituales era correcta. No así Esaú, que, aunque diligente y servicial con su padre, despreció el don que le correspondía como

hijo primogénito.

¿Qué valor podría tener para un creyente mundano cosas tales como “palabra de sabiduría”, “palabra de ciencia”, “fe”, “sanidades”, “profecía”, “discernimiento de espíritus”, etc.? Seguramente, no mucho.

Así pues, Dios no concederá sus dones a quienes no tienen interés en recibirlos.

Los dones son dados soberanamente a quienes él elige de entre los que los procuran

Los dones del Espíritu son dados soberanamente por el Espíritu Santo. Esto significa que Él los da a quien quiere, porque Él es Dios.

Dios tiene un propósito eterno, y para el cumplimiento de ese propósito están involucradas todas las cosas. Ese propósito avanza inexorablemente, y Él se vale – entre todas las demás cosas– de los dones que concede al hombre para que éste pueda colaborar con Él.

Sin embargo, el hecho de que sean otorgados por una decisión privativa del Espíritu no significa que nosotros no debamos pedir o procurarlos. La soberanía de Dios no hace nula la iniciativa del hombre. Iniciativa, no en cuanto el hombre pueda agregar de sí mismo algo para enriquecer el propósito de Dios, o completarlo, sino en cuanto el hombre, siendo compelido por el mismo Espíritu, se ofrece para que Dios pueda utilizarlo.

Cuando nosotros pedimos algo a Dios – los dones, por ejemplo– nos ponemos, por decirlo así, en la ‘lista’ de los que el Espíritu va a tener en cuenta a la hora de otorgarlos. Luego, Él verá qué conviene a su propósito, y qué nos conviene a nosotros.

Gracias a Dios, la perfecta voluntad de Dios puede ser hecha entre los cristianos – lo cual da cuenta de su soberanía– pero eso no invalida la libertad del hombre, la iniciativa que lleva al creyente a pedir, con la confianza con que pide un niño a su padre, y a recibir lo que ha pedido.

En esto vemos la grandeza de nuestro Dios. En que Dios se expone a ser solicitado por sus hijos en todas las cosas, ofreciendo

(Continúa en la página 18)

(Viene de la página 17)

para asegurarlo, grandes y preciosas promesas, y aun concede multitud de peticiones, sin que ellas se estorben entre sí, y tampoco impidan la realización de sus propósitos.

Las necesidades de Dios se equilibran perfectamente con las peticiones de los hijos de Dios. El propósito de Dios no avasalla al hombre, antes bien, lo considera y lo acoge. Dios puede, en su presciencia y sabiduría, ceder ante las peticiones del hombre en aquello que conviene a su gloria, sin que ello invalide sus promesas en lo que respecta al hombre. Así, no se hace nula ni su soberanía (al hacer de acuerdo a su propósito), ni su gracia (al conceder amorosamente lo que sus hijos piden).

Dios elige soberanamente dar aquello que necesita para el cumplimiento de su propósito eterno, y acepta conceder misericordiosamente las peticiones de sus hijos, sin que Él sufra pérdida, y sin que ellos queden burlados. No hay pérdida en lo que respecta a su voluntad eterna, ni en cuanto a la libertad del hombre.

Por lo demás, para una determinada obra en medio del Cuerpo de Cristo Él requerirá ciertos dones, y los otorgará, tal vez, con prescindencia de otros o con preferencia a otros, lo cual no significa que en otros momentos o lugares, Él no pueda conceder o preferir otros diferentes. Las necesidades de Dios varían en distintas épocas y lugares, y sus dones concedidos dan cuenta de esas necesidades.

Así que, los dones son dados soberanamente por el Espíritu, a aquellos que él elige de entre los que los procuran.

La irrevocabilidad de los dones

Romanos 11:29 dice que los dones son irrevocables. Esto significa que una vez que Él los otorga, no los retira. No nos debe extrañar este gesto de grandeza de parte de Dios. Al contrario, esto simplemente da cuenta de otro más de sus maravillosos rasgos.

A veces, la irrevocabilidad de los dones suele dar lugar a una especie de arrogancia en quienes los poseen. Los dones, siendo gracias de Dios, maravillan a los hombres, especialmente a aquellos que aman a Dios. Por tanto, es ahí donde, quien los ha recibido en abundancia, suele caer en la vanidad de gloriarse en sí mismo.

Esto no ocurre en quienes los usan

bien, para la gloria de Dios, sino especialmente en quienes no están haciendo buen uso de ellos. Y es que la irrevocabilidad de los dones no garantiza ni el uso (de hecho, pueden no usarse) ni el buen uso de ellos (pueden usarse muy malamente).

Este asunto es extremadamente delicado, y debiera llenar al cristiano de un profundo sentido de humildad, y aun de temblor, porque tendrá que dar cuenta de ellos.

La irrevocabilidad de los dones no debiera significar un motivo de vanidad para el cristiano, sino más bien una gran responsabilidad, porque, como veremos más adelante, no es más quien ha recibido más dones, sino quien ha hecho el mejor uso de los que ha recibido.

Dados según la capacidad natural de cada siervo

Mateo 25:15 dice: “A cada uno conforme a su capacidad”.

Cada uno de nosotros fuimos creados de cierta manera, con ciertas facultades, con una cierta conformación psicológica, temperamental, y física. Cada cristiano es un vaso distinto, totalmente diferente de los demás. Cada uno puede expresar de manera diferente la gloria de Dios. Esto nos hace apreciar a cada uno de los hijos de Dios.

Nosotros a veces quisiéramos que todos los hijos de Dios fuesen de una determinada manera (la manera como a nosotros nos parece que deben ser); sin embargo, cada uno de ellos es de la manera como Dios quiso que fuesen.

Así dadas las cosas, Dios da a cada siervo la cantidad de dones y los tipos de dones que Él quiere “según su capacidad”.

Es cosa que maravilla ver cómo a cada uno es concedida la gracia de Dios en la justa medida que la puede sobrellevar. Y si, por alguna razón, Dios otorga un don (o dones) especialmente preciosos a un siervo con poca capacidad, lo capacita primero; y si lo da a quien tiene mucha capacidad, lo quebranta sabiamente con un aguijón especialmente doloroso.

Sin embargo, no todos están conformes con los dones que han recibido, y esto es porque no conocen su real capacidad.

Unos creen haber recibido poco, y otros creen haber recibido demasiado. Los primeros se sienten menoscabados, y los otros se sienten abrumados. Sin embargo, nos conviene ver que el Señor nos ha dado a cada uno la cantidad apropiada. Lo que tengo no

es ni demasiado para que no me sienta abrumado, ni tan poco para que no me sienta menoscabado.

Si yo fuera lo suficientemente sabio, y hubiera estado en mí el decidir cuántos y qué dones habría de recibir, seguramente hubiera procedido igual. Por ejemplo, cuando hay un don más o menos “espectacular” en manos de un cristiano especialmente vanidoso corre el riesgo de usarse mal, con lo cual el siervo se pierde y el don se inutiliza.

La necesidad de “negociar” con el don

“Negociar” con el don (Mt. 25:16) significa, simplemente, usar el don que el Señor nos ha dado. En la parábola, el que recibió cinco talentos fue, y, con diligencia, negoció con ellos hasta que obtuvo otros cinco. Lo mismo hizo el que recibió dos. Sin embargo, ¿qué ocurrió con el que recibió uno?

La mayor capacidad de los dos primeros permitió al Señor otorgarles más dones; la menor capacidad del tercero le hizo acreedor de uno solo. Los primeros fueron diligentes y valoraron lo que habían recibido. El tercero fue negligente, y despreció lo que le había sido dado. En la negligencia del último quedó demostrada y confirmada su menor capacidad. Él mismo confirmó que la decisión del Dador, al otorgarle menos dones, había sido acertada.

Pero, sea cual fuere la cantidad de dones recibida, es preciso trabajar. Tanto los de cinco, como los de dos y los de uno, deben trabajar. En el día del Tribunal, el Señor no va a medir sólo la cantidad de fruto obtenido, sino la proporción entre el fruto y los talentos que había recibido.

Usando el potencial al máximo

La respuesta de los siervos que recibieron “cinco” o “dos” talentos fue óptima, porque los usaron al máximo de su potencial. No hubo pérdida alguna. ¡Oh cuán necesario es que no cejemos hasta exprimirlos al máximo!

¡Bienaventurados los que pueden llegar al fin de su carrera y decir: “He corrido la carrera, he peleado la buena batalla, he guardado la fe”!

Existen innumerables obstáculos que es preciso vencer para lograr el máximo rendimiento de nuestros dones. Tal vez la identificación de algunos de ellos nos ayude para poder vencerlos.

Supongamos que tenemos dos talentos. Si miramos al que tiene cinco talentos, podemos caer en la envidia; si miramos al de uno, evitaremos provocar la envidia y no nos esforzaremos para rendir el máximo fruto posible. Ambos extremos deben evitarse.

Si miramos a los demás que tienen dos talentos nos conviene aprender de ellos, pero no acomplejarnos por sus aparentemente mejores éxitos; como tampoco nos conviene acomodarnos a su desganado (si este fuera el caso), para no caer en la mediocridad de ellos.

Todos daremos cuenta personalmente, y no en referencia a los demás siervos. Debemos servir en comunión con otros, lo cual nos evita caer en el *personalismo*; pero no debemos permitir que esa comunión se transforme en una camisa de fuerza (o en una excusa) que nos impida servir al máximo de nuestro potencial.

Alcanzar el máximo rendimiento no significa necesariamente lograr la máxima cantidad de fruto cuantificable, sino, como hemos dicho, es lograr el máximo fruto de acuerdo a nuestros dones. Y esto, ¿quién puede juzgarlo sino Dios? Nosotros podemos juzgar externamente, pero Dios mira el corazón, y Él sabe el verdadero peso de una obra, desde qué base se edificó, qué dificultades se sortearon, cuánta cruz fue aceptada (o rechazada), y cuál es la correlación correcta entre el “capital” que había y la “ganancia” obtenida.

El problema de los que tienen un solo don

El siervo de la parábola cavó en tierra y escondió el dinero. La tierra simboliza el mundo, lo cual significa que este siervo se involucró con el mundo, y con ello neutralizó su servicio.



Este siervo menospreció su don. Tal vez él hubiese querido un don ‘milagroso’ y recibió uno ‘de gracia’. Hubiese querido ser un predicador o un hacedor de milagros, pero el Señor le dio la capacidad de servir, o de hacer misericordia. Y como éstos no son dones que

puedan ejercerse de manera tan visible, ni hacerse acreedores del aplauso de los hombres, pueden dar motivo a que se le menosprecie, especialmente en nuestros días en que importa mucho ser visto por los hombres.

El fin que tuvo este siervo es triste. Él conocía la severidad con que el Señor pediría cuentas, pero no se esmeró en fructificar. Su don fue dado al que tenía más y él fue castigado severamente.

Tendremos el juez que merezcan nuestras obras

¿Qué opinión tenemos de Dios? Podemos verle como el juez severo que me va a castigar por mi negligencia o verle como el juez justo que me va a recompensar por mi trabajo. Esta doble perspectiva es legítima y no se aparta un ápice de la verdad, pero el verle de una u otra forma depende de mí, y de mi propio comportamiento. ¿Cómo le veré en aquel día? ¡Oh, depende de mí, hoy!

Mi propio deseo de servir, de agradar a mi Señor, mi propia entrega y consagración me da esperanza de que en aquel día lo hallaré bondadoso para conmigo. Pero debo saber también que si soy negligente, perezoso y quejumbroso, tendré delante de mí al juez que temo tener.

En definitiva, tendremos el juez que merezcan nuestras obras. Nuestra propia conciencia nos da testimonio, y el Espíritu Santo juntamente con ella, de cuál es nuestra verdadera condición. ¡Cuán saludable es el temor de Dios! ¡Qué benditas son las solemnes advertencias que nos hace el Espíritu de Dios por su Palabra santa!

Entrar en “el gozo del Señor”

La recompensa para los dos siervos fieles de la parábola fue “entrar en el gozo de su Señor”. Compartir el gozo del Señor es la mayor satisfacción, más aun que una posición de honra en el reino. ¿Qué puede compararse a la aprobación suya? Ese “*Bien,*

buen siervo y fiel”, con las palabras que siguen, es la más dulce canción que podrían oír nuestros oídos. ¡Ayúdenos el Señor para no defraudar las esperanzas que Él mismo tiene cifradas en nosotros! ¡Que no se vea obligado a buscar en otros lo que quiso hallar en nosotros!

Entrar en el gozo del Señor será – esperamos– el capítulo final de nuestra larga vida llena de sombras, de vicisitudes inciertas, de nuestro caminar zozobante, de tantos claroscuros que nos hicieron agonizar. Será el capítulo postrero de una vida bondadosamente sostenida por Dios, pero aun así itan inútil en las manos de Dios!

Las lágrimas vertidas, la cruz que mortifica y los clavos taladrantes tendrán por fin su contraparte. Ninguna escondida justicia, ningún bien ofrecido en su altar –por pequeño que haya sido– quedará sin recompensa. Entonces se redoblarán los motivos para glorificarle postrados ante sus pies, al ver que a cambio de nuestras pequeñas justicias, Él nos dará las más grandes honras. Lloraremos de gratitud al ver que nuestros débiles esfuerzos, nuestros amores tan mezclados, nuestro servicios tan interesados, que apenas sirvieron para poner un clavo en la edificación de Dios, Él, en su bondad, los recompensará como si hubiésemos levantado un rascacielos.

El gozo del Señor es algo acerca de lo cual sólo podemos mirar a través de una niebla. Aun no se hecho el día, todavía no sabemos cómo es la plenitud de ese gozo apenas vislumbrado. Su noble factura, su carácter inmarcesible, sus alcances ilimitados no pueden ser descritos por lengua humana.

¡Oh, sin embargo, aunque sea sólo la imprecisa, pálida y borrosa visión de esta dicha futura, ya nos llena de esperanza y nos hace menospreciar todo pequeño dolor y toda leve injusticia! ¡Que el Señor nos socorra cada día para sacar el mejor provecho posible de sus preciosos dones de amor!

SIRVIENDO PESE A LAS LIMITACIONES

“Una niña paralítica, que yacía en su lecho de enferma, estaba preocupada porque no podía servir al Señor. El pastor le dijo que podía orar por aquellos que deseaba que se convirtiesen al Señor. Le aconsejó que escribiera los nombres y luego que orara con fervor.

Pronto hubo un gran avivamiento en el pueblo, y la muchacha preguntaba con ansiedad acerca de los nuevos convertidos.

Poco después murió, y encontraron bajo su almohada un papel con los nombres de 56 personas, todas las cuales se habían convertido. Al lado de cada nombre había hecho una señal, puesta cada vez que le llevaban la noticia de su conversión.”

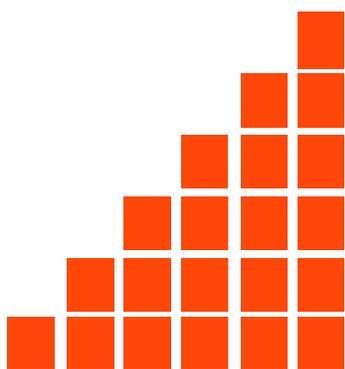
Citado por D.L. Moody, en *Camino hacia el cielo*

“Uno de los pilares en la vida de Guillermo Carey fue su hermana María. A los 25 años ella quedó paralítica. Por 50 años permaneció enclaustrada en su habitación, sin poder hablar. Su brazo derecho era su único miembro no paralizado. Nos obstante, su rostro brillaba, iluminado por dentro, una bendición para quienes le conocían. Solían decir que la paciencia tenía en ella su obra perfecta. Ella atrajo a todos sus sobrinos a Cristo. Valiéndose de una pizarra en vez de su lengua, dirigió por años una clase bíblica en su choza junto al arroyo.

María escribía a su hermano Guillermo, derramándole su piadoso corazón. Ella hacía intercesión incesante por la obra que realizaba su hermano. Su pastor dijo de ella: “Su obra en su aflicción, a su manera, fue tan grande como la que efectuó su gran hermano.”

(Tomado de *Guillermo Carey*, por S. Pearce Carey)

Para servir al Señor con eficacia se requiere que ciertos principios sean considerados.



21 PRINCIPIOS para el servicio

1 El hombre no puede hacer la obra de Dios. La obra de Dios sólo la puede hacer Dios mismo. ¿Significa que el hombre no tiene ningún papel en ella? El hombre sólo puede obrar cuando permite que Dios obre primeramente en él revelándole a su Hijo. Entonces, el hombre simplemente testifica, por medio del Espíritu Santo, acerca de lo que Dios ha hecho. Si el Espíritu de Dios no obra, el hombre trabajará en vano.

2 Dios necesita al hombre. En su obra Dios tiene una gran necesidad, que es la cooperación del hombre. En la obra de Dios no hay ni lugar ni tiempo cuando el hombre no participa. Desde el Génesis al Apocalipsis vemos que Dios está siempre buscando, siempre aprehendiendo, siempre guiando y utilizando al hombre como medio para su obra. Dios tuvo que conseguir un hombre como Noé antes del diluvio; y tuvo que conseguir a un Moisés antes de poder sacar a su pueblo de Egipto. Antes de hacer una cosa, primero el Señor consigue al hombre. Y si no puede lograr a su hombre, no puede hacer su obra.

3 Dios ocupa sólo a quienes se inclinan a Él. Dios sólo ocupa en su obra a aquellos que se inclinan hacia Él. Aunque parezca haber pasado mucho tiempo, Dios no se olvida del deseo del corazón de un hombre que anhela servirle. Así pasó con Moisés. Después de 40 años, Dios no lo había olvidado. Ana tuvo un deseo en su corazón delante de Dios, y a su tiempo tuvo a Samuel sirviendo a Dios. Dios concede sus riquezas espirituales a aquellos que anhelan ser utilizados por Él.

4 Consagración es poder. El poder espiritual para servir no es algo meramente externo: es el resultado de un corazón que ha entregado a Dios todos sus deseos y se ha consagrado a Él. Si nuestra consagración es superficial, seremos como

un paralítico que no tiene fuerzas. Pero si nuestra consagración es absoluta, entonces encontraremos el poder, y también la luz. Tal vez tengamos algún tipo de controversia con el Señor. Cuando estemos dispuestos a ceder ante Él, nuestra consagración será más perfecta.

5 Agradar al Señor. La actitud básica para servir al Señor es la de agradar al Señor, lo cual muchas veces significa entrar en pugna con los hombres. Para agradar al Señor no se puede transigir ante los hombres para recibir así su gloria, ni transar la verdad. Pablo dice en Gálatas 1:10: “¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.” Y agrega más adelante: “¿Busco el favor de los hombres, o el de Dios?” (4:16). Si Pablo hubiera cedido ante los hombres, habría sacrificado la verdad de la salvación por la fe.

La verdad se compra, pero no se vende (Prov. 23:23). Agradar al Señor implica pagar un precio.

6 Con el espíritu, no con la mente. (Juan 4:23-24; 6:63; Rom.1:9). En el servicio a Dios, todo debe tener su origen en el sentimiento de nuestro espíritu. Sea al orar, al leer la Biblia, al predicar la Palabra de Dios, o en cualquier otra actividad espiritual, todo debe proceder del espíritu y no de la mente. La mente es algo secundario, porque ella está en el plano de lo natural. En cambio, la obra de Dios es espiritual. Mediante el espíritu entramos en los pensamientos de Dios. Para que esto sea posible debemos aceptar la obra de la cruz en nuestro yo.

7 Conscientes de nuestra debilidad. (1ª Corintios 2:3; 2ª Cor. 12:9-10). Cuanto más conscientes estemos de nuestras flaquezas y debilidades al desempeñar un servicio, tanto mayor será nuestra seguridad de que estamos sirviendo

a Dios. Quien sirve al Señor está lleno de estos sentimientos todo el tiempo. Por eso, el cristiano deberá echar mano permanentemente a la preciosa sangre de Jesús.

8 Trabajar y aprender. Dios no desea tanto nuestro éxito en su obra como nuestro aprendizaje. Cuanto más completa y profundamente aprendamos nuestras lecciones, tanto mejor. Dios quiere nuestro progreso espiritual, y con tal de lograrlo, bien puede destruir nuestro éxito momentáneo.

Nuestro servicio aquí es en realidad sólo un aprendizaje para servir a Dios en el milenio y en la eternidad. (Mateo 25:21,23). Este aprendizaje es la incorporación de la vida divina en el creyente.

9 La presencia de Dios en el servicio. Al servir en medio de la casa de Dios tenemos no sólo una percepción interna del pecado, y de nuestra impureza, sino también de la presencia del Señor y de su santidad.

10 Abundancia en la escasez. Cuando comparamos las dos veces que el Señor multiplicó los panes y los peces (Mateo 14:13-21; 15:32-38), nos damos cuenta que cuando había menos, el Señor sació a una multitud más grande, y sobró más. ¿Por qué?

Cuando nosotros tenemos poco, le damos la oportunidad al Señor para que haga un milagro mayor. Nuestra escasez y debilidad no son un obstáculo, sino más bien son la ocasión que Él busca para mostrar su poder y su gloria. He aquí la oportunidad para los que somos débiles y limitados. Ninguno de nosotros está excluido de un servicio, si es que nos ponemos en las manos del Señor.

No importa si tienes poco, lo que importa es si lo poco que tú le ofreces al Señor es tu todo. Si tu todo es poco, el Señor reci-

birá mayor gloria cuando haya mucho fruto.

11 La necesidad de quebrantamiento. Al igual que los panes en las manos del Señor, tú tienes que ser partido. Tu ser interior debe ser quebrantado. Nuestros afectos más íntimos deben ser puestos delante del Señor y ser negados para que haya una verdadera multiplicación.

En el pasaje de Juan 6 se nos dice que los panes eran de cebada, y que los trajo un niño. La cebada vale menos que el trigo, y un niño es muy poca cosa entre tantos hombres. En la pequeñez y humildad de lo que se le ofrece, el Señor encuentra la ocasión para mostrar su gloria.

12 La necesidad de renovación. La luz que recibimos ayer no nos sirve para nuestro servicio hoy. Las experiencias pasadas no nos aseguran un fruto espiritual hoy. Dios no se repite. Cuando el Señor multiplicó los panes para los cinco mil no guardó para los cuatro mil. Cada vez tuvo que obrarse un nuevo milagro. Hoy se requiere de un nuevo acto de consagración si es que queremos que las necesidades de otros sean suplidas a través de nosotros.

13 Dejar, para recibir (Mateo 19:29). *“Cualquiera que haya dejado ... recibirá”.* Muchas veces nos parece que no podemos servir al Señor, porque no tenemos qué poner delante de los demás: nos vemos vacíos.

Pero aquí tenemos un principio: Tanto dejas, tanto recibes. Si quieres recibir (para tener qué poner delante de otros), tienes que dejar aquello que ocupa tus manos y tu corazón.

¿Qué hay en tu corazón? ¿Qué afectos? ¿Qué planes? ¿Qué ambiciones secretas? Si estás dispuesto a dejar algo de eso, el Señor podrá poner en su lugar algo que puedas ofrecer a los demás.

¿Qué hay en tus manos? ¿Qué cosas están aferrando? El Señor no puede poner nada en ellas, porque están ocupadas. Si sueltas lo que tienes, Él podrá llenarlas de bendición.

Tal vez haya algo que el Señor te ha demandado desde hace tiempo, y que tú no estás dispuesto a ceder. Argumentas con Él, pero tus muchos argumentos no le han convencido. Tal vez sea éste el día de dejar aquello para que puedas recibir la abundancia del Señor.

Nuestra capacidad de servicio equivale a lo que estamos dispuestos a dejar (de lo nuestro) para recibir del Señor.

14 Sirviendo según los talentos De acuerdo a la parábola de Mateo 25:14-30, el Señor ha repartido sus recursos espirituales de manera desigual (a unos cinco, a otros dos y a otros uno), pero no arbitrariamente. No es porque Él haya querido darle a unos más y a otros menos. Él lo hizo sobre la base de la capacidad de cada uno.

Algunos hijos de Dios creen haber recibido poco, y otros creen haber recibido demasiado. Es bueno y necesario que veamos que el Señor nos ha dado a cada uno la cantidad apropiada.

Tú posees la cantidad de recursos adecuada. Tú no tienes nada menos que lo que el Señor te ha dado. Y no tienes nada más que lo que buenamente tú puedes administrar. No hay lugar para quejas. Todo está bien. Dios es sabio. Ahora tienes que servir lo más fructíferamente posible, según tus recursos.

15 Sirviendo según nuestra ubicación en el Cuerpo (1ª Corintios 12:18)

Todos hemos sido ubicados en un determinado lugar en el cuerpo, para desempeñar una determinada función.

Dios colocó los miembros en el cuerpo como Él quiso. Es un asunto de sabiduría divina, no de decisión humana. Es señal de madurez aceptar el lugar que nos corresponde en el cuerpo, como la cantidad de recursos que el Señor nos ha dado.

Estamos en el lugar preciso y tenemos la cantidad necesaria de talentos para servir bien. El Señor no se ha equivocado.

16 Asumiendo nuestra responsabilidad y limitaciones. Aunque pensemos que tenemos muy poco – un solo talento – debemos ver que somos responsables de él. No podemos rehuir la responsabilidad, porque tendremos que dar cuenta por lo que hemos recibido.

Si pensamos que tenemos mucho, debemos ver que no somos suficientes para hacer toda la obra de Dios. Debemos hacer lugar para el servicio de los demás. El cuerpo se compone de muchos miembros, no de uno solo.

Así que no debemos retraernos, como tampoco adelantarnos demasiado. No debemos ser ni demasiado tímidos, ni demasiado osados.

Mira a los hermanos que están junto a ti. El Señor los escogió a ellos para que sirvieran contigo, y a ti te escogió para que sirvieres con ellos. Hay una complementación de los unos con los otros. Tú te ves, a veces, muy pobre y necesitado, pero tu hermano tiene una riqueza que tú no posees y que suple tu necesidad.

Tu hermano también piensa a veces que él es muy pobre y necesitado. Y resulta que el Señor te ha dado a ti la riqueza que él necesita. Así que, aunque todos se vean faltos y débiles, lo poco que uno tiene suple perfectamente la necesidad del otro, y el Señor es glorificado.

17 Todos deben servir, también los pequeños. En la iglesia siempre habrá oportunidad para que todos sirvan. Sólo una anomalía muy grande podría impedir que todos sirvan. Cuando hay anomalía, sólo unos pocos sirven. Estos son considerados “ungidos”, como si los demás no lo fueran. Unos pocos talentosos lo hacen todo, en desmedro de los que no lo son tanto. Eso es una anomalía. Nadie puede cerrarle el paso a otro para que no sirva, porque el Señor gobierna sobre su casa.

A menudo se oye decir: “Yo no tengo con qué servir. No tengo educación; no sé predicar. Parece que no tuviera ni un solo talento”. Son muchos los hijos de Dios que están en esta situación; más, tal vez, que los que sirven públicamente. ¿Qué hacer? ¿Hay esperanza para ellos?

Los pequeños ocupan un lugar muy especial en el corazón de Dios.

El capítulo 18 de Mateo tiene un solo y gran tema: los pequeños. Aquí el Señor dedica toda su atención a los pequeños.

El juicio a las naciones del que se habla en Mateo 25:31-46 descansa en la conducta que los hombres siguieron con los “hermanos más pequeños” del Señor. Quienes les hicieron misericordia, serán objeto de misericordia; quienes no, serán objeto de su ira.

En 1ª Corintios 12:22-25 se muestra que en el Cuerpo, que es la iglesia, hay miembros débiles, menos dignos, menos decorosos; sin embargo, éstos son los más necesarios y los que se tratan con mayor honra.

En Romanos capítulo 14 se nos exhorta a considerar la conciencia de los hermanos pequeños.

Así que, los pequeños en medio de la iglesia han de ser considerados a la hora de servir. De acuerdo a su medida de fe, a su ubicación en el cuerpo y a sus talentos, ellos tienen que poner en ejercicio su don. Que nadie los menosprecie ni los desaliente. ¡Ellos son amados de Dios!

18 Tomando en cuenta a todo el Cuerpo. El servicio del creyente debe tomar en cuenta a todo el Cuerpo de Cristo. Todo personalismo y espíritu sectario debe ser eliminado. Nadie busque una ganancia personal. Cuando el sumo sacerdote se presentaba ante Dios pa-

(Continúa en la página 22)

(Viene de la página 21)

ra ministrar, llevaba el pectoral del juicio, en el cual estaban inscritos los nombres de las 12 tribus de Israel. Así, él no estaba ante Dios como un individuo, sino representando a muchos. Él llevaba sobre sus hombros y sobre su corazón a todo el pueblo de Dios. (Exodo 28:6-30). Así también hacía Pablo con las iglesias (2ª Cor. 11:28-29), y también hemos de hacerlo nosotros, si pretendemos servir al Señor con madurez.

19 **La necesidad de revelación.** Toda obra que realicemos, por pequeña que sea, debe hacerse según el modelo del monte. Esto es, según la revelación que Dios nos ha hecho de su propósito y plan eternos. Esta revelación tiene que ver no sólo con la predicación del evangelio, sino, sobre todo, con la edificación de la iglesia.

20 **Las acciones justas son nuestra justicia.** En las Escrituras encontramos que para los cristianos hay dos clases de vestido, los que se relacionan, a su vez, con dos tipos de justicia.

El primer vestido es el mismo Señor Jesucristo (Gál.3:27), con el cual nos presentamos ante Dios. Este vestido lo tienen to-

dos los salvados, porque lo recibimos cuando fuimos justificados gratuitamente por la fe, y no depende de nuestro caminar.

El segundo tipo de vestido es de lino (Apocalipsis 19:7-8). Cuando seamos presentados a Cristo, llevaremos este vestido. Este es las acciones justas de los santos y se va confeccionando desde el día en que fuimos salvos. Este vestido nos es dado por el Señor Jesucristo a través del Espíritu Santo.

Las acciones justas son las obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Ef.2:10).

Uno suele perder el tiempo cuando no sabe qué es lo que Dios quiere que uno haga, cuál es el don que Dios le ha dado, cuál es su función en el cuerpo, y cuáles son las obras que Dios preparó para uno.

Nos conviene saberlo, porque, sabiéndolo, podremos poner todo nuestro esfuerzo, nuestro tiempo y energías al servicio del Señor, para que tales obras sean cumplidas. Si nosotros no las hacemos, tal vez nadie las hará.

21 **Toda obra de amor será recompensada.**

Hay un hermoso capítulo del Antiguo Testamento en el que se advierte la atención que el Señor presta a todas las cosas que hacemos por amor a su Nombre. Es Nehemías 3.

Este capítulo es una muestra de lo que es el libro de memoria que está en los cielos delante de Dios (ver Malaquías 3:16).

En él se deja constancia de las personas y de los grupos de personas que tomaron parte en la reconstrucción de los muros y las puertas de Jerusalén. Algunos reedificaron tramos del muro. Otros reedificaron puertas. Y aun otros reedificaron tramos de muros, y puertas.

Aquí quedó todo registrado acuciosamente, no importa si la obra realizada por cada uno fue grande o pequeña. ¿Por qué? Porque "cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor" (1ª Corintios 3:8 b).

La reconstrucción de Jerusalén no era una obra de hombres: era la obra del Señor. Así pues, el Señor lleva un libro de memoria exacto, perfecto y completo de toda la obra de amor que los hijos de Dios realizan por amor de su Nombre. ¡Un libro que será consultado el día de las recompensas!

Referencias:

Watchman Nee: ¿A quién enviaré?, ¿Qué haré, Señor? y La obra de Dios.

Eliseo Apablaza: Conforme al modelo, y Consagración y servicio.

(Estos últimos puede solicitarlos a nuestra dirección).

PARA MEDITAR

Gozar de los bienes terrenales

"Nada logra anular mejor la acción del cristiano en su testimonio como cuando quiere gozar de los bienes terrenales que se le ofrecen en el camino; nuestro cristianismo actual dobla sus rodillas -no para orar- sino para tomar más cómodamente de las cosas de este mundo."

H. Rossier, en *Meditaciones sobre el libro de Jueces*

Servir por amor

"Me estoy cansando de esa palabra deber, deber. Todo el mundo habla de que es su deber hacer esto, o su deber hacer aquello. Ha sido mi experiencia que cristianos de esta clase tienen muy poca bendición. ¿No podemos tener una ambición más alta que la del deber? ¿No podemos trabajar por Cristo porque le amamos?"

D.L. Moody, en *El camino hacia Dios*

No hay fiesta sin sacrificio

"Recientemente encontré una cita que se me clavó: "Nunca hubo una fiesta sin sacrificio". Esto fue una verdad para Cristo quien "no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos." También es verdad para los creyentes que mueren para sí mismos para poder llevar hacia Cristo a las almas hambrientas de este mundo."

Howard G. Hendricks, en *Dilo con amor*

Crecimiento espiritual

"Crecimiento espiritual no significa que gradualmente lleguemos a ser tan semejantes a Cristo que un día llevemos fruto por no-

sotros mismos, y que Jesucristo se sienta orgulloso de nosotros. Separados de la vida de la vid que fluye a través de nosotros, siempre seremos pámpanos inútiles."

Malcolm Smith, en *Agotamiento Espiritual*

Siervos, no jefes

"¡Si todos fuéramos del mismo sentir para servirnos los unos a los otros! Si todos deseáramos ser siervos y no "jefes" y caudillos de movimientos, líderes de lo que sea, cuán rápidamente esta humildad unirá a los hijos de Dios y haría de ellos una sola "mente" en el Señor."

Jessie Penn-Lewis, en *La cruz, piedra de toque de la fe.*

Un solo objetivo: dar fruto

"De la misma manera que Cristo pasó a ser la verdadera Vid con sólo un objetivo, tú has sido hecho rama también con un objetivo: el de dar fruto para la salvación de otros hombres. La Vid y la rama están igualmente bajo la ley establecida de dar fruto como razón de su existencia."

Andrew Murray, en *La vid Verdadera*

¿Cómo me hallo?

"Si me preguntáis cómo me hallo, os contestaré que muy feliz en Jesús el Señor, que es mi justicia. Si me preguntáis de qué me ocupo, os diré que ando a caza de pecadores por los bosques de América. Si me preguntáis qué resultados obtengo, puedo decir que mis labores no han tenido jamás mejor aceptación y por mil quinientas millas a la redonda están las puertas abiertas de par en par a la predicación del eterno evangelio."

Carta de Whitefield a Wesley, octubre de 1746, en *Juan Wesley, su vida y obra*, de Mateo Lelièvre.

Tres pasajes del evangelio de Marcos nos ilustran acerca de la necesidad de servir

SERVIR, SERVIR, SERVIR

No reinar, sino servir

Juan y Jacobo, discípulos de Jesús, se acercan al Señor. Ellos traen una petición importante. Ellos quieren sentarse uno a la derecha y el otro a la izquierda del Señor en su reino. El Señor les dice que ellos no saben lo que piden, que, si bien podrán beber del vaso que Él bebe y ser bautizados en su bautismo, el sentarse a su derecha y a su izquierda no es algo que Él pueda otorgarlo.

Luego, al ver la disputa que tal petición ha despertado en los demás, el Señor les dice: *“El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor (‘diácono’), y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo (‘esclavo’) de todos.”* (Marcos 10:43-44).

La petición de los dos discípulos acaba en un llamamiento al servicio. Ellos buscaban honra; pero el Señor les presenta la necesidad de servir.

Las pretensiones de grandeza o de liderazgo acaban en la posición de menor honra humana. Es casi como un castigo: si ansías ser grande, sé servidor de los demás; si quieres ser el primero, sé esclavo de los otros.

En el pasaje análogo de Lucas 22: 24-30, la disputa fue sobre quién de ellos sería el mayor. En esta ocasión el Señor también concluye con una enseñanza similar: *“Sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve.”* (v.26).

Las aspiraciones de grandeza de sus discípulos fueron severamente contrarrestados con un llamado a la humildad y al servicio.

Sea que la ambición fuere sentarse en un lugar de honor en el reino, sea la de ser el mayor aquí ahora, la respuesta es la misma: hoy es preciso servir. Las honras de mañana, así como las honras presentes no corresponden a un hijo de Dios en este tiempo, ni deben ser su preocupación.

Hoy tenemos la mano sobre el arado, no la corona sobre la cabeza. Hoy tomamos la toalla y el lebrillo para servir a nuestros hermanos. No estamos sentados a la mesa, sino corremos de un lado para otro, porque estamos sirviendo.

Desatad el pollino

El Señor está viviendo sus últimos días como siervo en la tierra. Se acerca a Jerusalén, y envía a dos discípulos a una aldea cercana para que le traigan un pollino. El Señor les da instrucciones precisas: *“Si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? Decid que el Señor lo necesita ...”* (Marcos 11:3)

¡Es tan curioso y aleccionador el hecho que el Señor haya necesitado de un pollino! Por unas horas, ese animal “hijo de animal de carga” cumplió una función en el ministerio del Señor.

¡Jesús necesitó de un pollino! ... Un animal común y sin atractivo alguno. Un animal que ningún general hubiera usado para una revista militar, fue requerido por el Señor de los señores.

Este pollino tenía toda la pujanza y el brío de quien nunca había sido montado. Pudo haber resistido. Pero él se dejó llevar, y aceptó ser montado.

Nosotros tenemos más de alguna semejanza con este pollino. Al igual que él, somos hijos de animal de carga, pues procedemos de una raza caída, cansada y trabajada, sin horizonte, pues el pecado nos separó de Dios.

Al igual que él, también estuvimos mucho tiempo atados, sin ninguna posibilidad de prestar servicio alguno, ni menos ser considerados para servir a Dios.

Sin embargo, el Señor un día dijo: *“Desatad el pollino”,* y luego agregó: *“Decid que el Señor lo necesita”.* Esas palabras no sólo fueron dichas para referirse a aquél pollino: también nos alcanzaron a nosotros, y entonces quedamos libres. ¡Qué honra más grande! Tan insólito es que podamos servirle, como insólito fue el que un pollino pudiera servir al Señor aquél día en Jerusalén.

Si algún hijo de Dios está todavía atado, sepa que el Señor ya lo hizo libre y que Él lo requiere. El tiempo de la esclavitud ya pasó, ahora es tiempo de ponerse a disposición para que el Rey lo ocupe.

El Señor Jesús desea ser llevado por nosotros. Ser cargado por nosotros. ¿Nos negaremos? ¡Oh, no seamos necios! ¡Es toda nuestra gloria!

Frutos, no apariencia

Ha pasado un día desde la entrada triunfal del Señor en Jerusalén. El Señor va saliendo ahora de Betania, y tiene hambre. Entonces ve una higuera, pero no encuentra en ella frutos, sino hojas. Entonces el Señor la maldice, aunque no es tiempo de higos. (Marcos 11:12-14)

Este pasaje ha sido interpretado de diversas formas. Todas ellas, sin duda, tienen su valor y aplicación. Pero veamos qué nos dice a nosotros hoy.

Las hojas dan un buen aspecto a un árbol. Ellas conforman un follaje atractivo a la vista. Puede ser tan agradable que un pintor se inspire en ella para crear un gran cuadro. O puede ser motivo para que un poeta escriba un maravilloso poema. Pero en la hora que se tiene hambre, de nada sirven las hojas.

La higuera llena de hojas, pero sin fruto, es una vida con una religiosidad externa, sin vida interior.

La vida cristiana puede transformarse a veces en un asunto decorativo, en una expresión farisaica de moral y buenas costumbres, o de una correcta enseñanza ‘formal’ para los hijos. Puede ser una sana costumbre, o una tradición transmitida de padres a hijos, pero si sólo es eso, es como una higuera con hojas, pero sin higos.

La función primordial de la higuera es alimentar, así como la de la sal es salar, y la de la luz, alumbrar. La función primordial del cristiano es dar fruto para Dios: *“Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca.”* (Juan 15:16).

El cristiano no sólo debe dar fruto ocasionalmente (como la higuera), sino en todo tiempo. Eso es lo que nos dice el hecho de que el Señor haya maldecido la higuera pese a que no era tiempo de higos.

¿Hojas o higos? ¿Apariencia u obras de verdadera justicia?

Este episodio de la higuera nos enseña también que hay hambre espiritual, que hay necesidades que atender.

En tal caso, de nada sirve un cristianismo estético, inútil, sino uno eminentemente práctico.

La clave de un verdadero servicio no reside en la cantidad de cosas que pueden realizarse, sino en el origen y los medios utilizados para hacerlas.

Sirviendo a Dios en espíritu

El apóstol Pablo nos ha dado una síntesis excepcional de lo que son esencialmente la vida y el servicio cristianos. En el capítulo 2:20 de su carta a los Gálatas, encontramos su definición de la vida cristiana: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí”*; mientras que en el capítulo 3:3 de Filipenses, hallamos su definición del servicio al Señor: *“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”*.

Ambos textos están íntimamente vinculados y expresan, básicamente, la misma verdad, vale decir, que tanto la vida como el servicio de los hijos de Dios son el resultado de una *sustitución*. Su vida natural, carnal y entregada al pecado ha sido reemplazada, canjeada, sustituida por la vida de otro – Jesucristo, el hijo de Dios –, santa y sin mancha, de modo que su servicio es el fruto espontáneo de la nueva vida que los habita.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que únicamente aquellos creyentes que han experimentado y conocido esta clase de vida pueden ser obreros útiles en la obra de Dios. No podemos desestimar esto, pues quizá la mayor pérdida que la Iglesia sufre y ha sufrido en el pasado, procede de cristianos cuyas palabras y obras no tienen su origen en la vida que viene de Dios, sino en su propia vida natural o carnal. Antes de que cualquiera de nosotros esté en condiciones de ser un siervo útil en sus manos, debe aprender esta lección.

Identificando el problema

Para entender mejor esto debemos retroceder un poco. Recordemos que en el principio Adán escogió desarrollar su vida con independencia de Dios y de su propósito, es decir, eligió poseer una vida egocéntrica, cuyo fin principal es agradarse y satisfacerse a sí misma. Una existencia donde el yo y sus deseos son lo más importante. Precisamente fue esa clase de vida la que recibimos de Adán. El Señor dijo a Nicodemo: *“Lo que es nacido de la carne, carne es”* (Jn.3:6), vale decir, que nuestra naturaleza heredada de Adán sólo puede producir frutos y obras como los de Adán; y en Adán, nos dice la Escritura, todos fueron constituidos pecadores y, por consiguiente, muer-

ren (1Co.15:22; Ro.5:12, 19). El problema, entonces, está en el origen, en la raíz desde donde crece nuestra vida. Si el árbol es malo, el fruto es malo; si bueno, el fruto es bueno (Mat.7:15-20; Mat. 12:33).

La Escritura llama a este estado *vivir según la carne* y su conclusión al respecto es tajante: *los que viven según la carne no pueden agradar a Dios*. Por esta razón, la solución divina para nuestro problema es profunda y radical, pues lo viejo no puede ser mejorado y debe, por lo mismo, ser desechado y quitado de en medio. Nuestra vieja vida adámica no puede ser salvada, pues está corrompida desde su misma raíz.

El único remedio posible es desarraigar completamente el árbol malo. Para muchos de nosotros la dificultad está precisamente en este punto, pues aún amamos demasiado nuestra vieja vida. Por cierto, queremos desprendernos de nuestros pecados particulares y luchamos ardientemente por conseguirlo, pensando que el problema consiste simplemente en hacer o dejar de hacer ciertas cosas en cuanto a nuestra conducta exterior. Aún creemos que nuestra vida tiene un gran valor, si tan solo lográramos vencer esos oscuros pecados. Tenemos tantos planes, proyectos, buenas ideas, nobles sentimientos. Secretamente tenemos una gran estima por nosotros mismos, y Dios, en su paciencia, nos permite seguir así por algún tiempo. Todavía no hemos visto lo que Él ha sabido desde siempre: *que nuestro viejo hombre no puede ser salvado y debe morir para que podamos vivir*. Este es su veredicto sobre la antigua vida: *“El que halla su vida, la perderá; y el pierda su vida, por causa de mí, la hallará”* (Mt.10:39; Mt.16:25; Lc.10:24).

Hemos de perder primero nuestra propia vida para que la vida que viene de Dios pueda ocupar su lugar. Es necesario que en nosotros el yo carnal ceda su lugar a Cristo, porque esto es esencialmente el cristianismo: *Cristo viviendo su vida en nosotros*; no nosotros tratando de vivir su vida, pues eso, como ya hemos visto, es imposible. Nadie se pone un traje nuevo sobre un vestido ya viejo y gastado. Lo normal es que primero se desvista, se quite el viejo ropaje y luego se ponga en su lugar el que está completamente nuevo. De igual modo, nos dice la Escritura, nosotros debemos desvestirnos del viejo hombre, viciado y corrompido, pa-

ra vestirnos del nuevo, que, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno (Ef.4:20-24; Col.3:9-10). Este nuevo hombre es Cristo, la imagen de Dios, viviendo y expresando su vida en nosotros. Mas, podemos preguntar: ¿Cómo es posible lograr esto? Pues bien, es en este punto donde la cruz del Señor Jesucristo viene en nuestra ayuda.

Muerte y resurrección

Dos hechos decisivos han ocurrido en Cristo: por una parte, nuestro viejo hombre fue crucificado con Él en la cruz; por otra, fuimos levantados a una nueva vida, juntamente con Él, en su resurrección (Ro.6:4-5; Col.2:12-13). Esta es la gloriosa realidad que el apóstol resume en el ya citado versículo de la carta a los Gálatas: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí”*. La nueva vida que ahora poseemos en Cristo no puede ser dominada ni vencida por el pecado, pues procede de la resurrección. Si por fe creemos y aceptamos este hecho, comenzaremos a experimentar, día a día, el glorioso poder de esta realidad. Por medio de la cruz, Dios nos introdujo en una nueva vida, libre del pecado, dispuesta a servirle y obedecerle en entera consagración. Para esta clase de vida no es difícil ni gravoso entregarse a su voluntad, pues es su modo natural y espontáneo de manifestarse.

No obstante, aunque el problema del pecado ha sido resuelto, todavía queda un importante escollo por remover a fin de que pueda expresarse en nosotros libremente y sin impedimentos. Esto nos lleva a considerar una dimensión más profunda de la cruz, que dice relación con nuestra fuerza natural.

Las dos dimensiones de la cruz

Dios nos libró del pecado al dar muerte a nuestro viejo hombre, crucificándolo juntamente con Cristo en la cruz. Llamaremos a esto la *dimensión objetiva de la cruz*. Decimos objetiva porque su realidad no está sujeta a nada de lo que nosotros hacemos ni dejamos de hacer. No depende de nuestros sentimientos, estados de ánimo, ni conducta exterior. Es algo que Dios hizo en Cristo una vez y para siempre hace 2000 años. Es verdad si lo creemos; más sigue siendo verdad si no lo creemos. Sin embargo, se hace

parte de nuestra experiencia práctica por obra del Espíritu Santo. Cuando, alumbrados por el Espíritu, llegamos a saber lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, comenzamos entonces a considerarnos como efectivamente muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. La clave de todo está en este *saber* y *considerar* por revelación. La fe brota espontáneamente a partir de ese momento, y, desde entonces, lo que era real en Cristo comienza a ser real para mí.

Existe, además, una *dimensión subjetiva* de la cruz, destinada a tratar con nuestra vida natural.

La cruz y la vida natural

Ya hemos considerado cómo Dios implantó en nosotros la vida de su Hijo. Esta vida nueva es Cristo mismo habitando en nosotros por medio de su Espíritu. El propósito de Dios es que, gradualmente, dicha vida vaya tomando el control de todo nuestro ser. Para que esto sea posible, Él debe tratar primero con nuestra fuerza natural. La vida o fuerza natural es aquella parte de nosotros que tenemos por creación de Dios y que, por causa de vivir tanto tiempo bajo el dominio del pecado, se ha desarrollado desmedidamente. No es una cosa mala en principio. Está aquí por obra de Dios, pues se trata de las capacidades intelectuales, habilidades, emociones y talentos naturales con los que fuimos creados. Dios no está interesado en destruirla, tal como hizo con el viejo hombre. Más aún, en su plan original, ella nos fue dada para ser el vaso contenedor de la vida divina. Su trabajo, en este caso, consiste más bien en acotar, delimitar, podar y someter, a fin de que se transforme en un instrumento útil en sus manos. Para lograrlo, Él utiliza la cruz.

Este aspecto de su obra en nosotros está tratado, especialmente, en Romanos capítulo 7; en la segunda carta a los Corintios; y en Filipenses capítulo 3. No obstante, consideraremos primero la parábola del Señor en Juan 12.24-25: *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame”*. En este pasaje, el Señor Jesús nos habla sobre el sentido de su próxima muerte, comparándose con un grano de trigo. Mientras su exterior permanece intacto, la vida que bulle en su interior no podrá multiplicarse. Para que esto ocurra, debe ser enterrado y morir, es decir, su envoltura exterior debe ser quebrantada y molida para que desde adentro surja la vida que luego crecerá y se multiplicará como una espiga cargada con cientos de granos nuevos. Y esto fue lo que, precisamente,

ocurrió. Antes de morir, sólo el Señor poseía la vida como Hijo Unigénito de Dios, mas, porque aceptó morir en la cruz, fue posible que dicha vida se liberara y expandiera hasta nosotros, transformándose así en el Primogénito entre muchos hermanos.

De inmediato, el Señor estableció que este principio fuera el fundamento de nuestro servicio a Él. *“Si alguno me sirve, sígame”*; vale decir, ‘si alguno quiere ser un siervo útil en mi obra, haga lo mismo que yo he hecho’.

Antes de experimentar la obra subjetiva de la cruz, somos de poca utilidad para Dios, pues en nosotros la nueva vida aún se encuentra encerrada y limitada por nuestras fuerzas naturales. A esta vida natural Pablo la llama *el hombre exterior*, mientras que a la vida divina en nosotros la llama *el hombre interior* (2 Co.4:16). A la luz de la parábola del grano de trigo es fácil entender esta distinción. El *hombre exterior* es la cáscara que envuelve la semilla; el interior, la vida que permanece encerrada dentro de ella.

Para que la vida pueda ser liberada y desarrollarse, se requiere que la envoltura exterior sea desgastada y partida por la acción de los elementos químicos que actúan bajo la tierra. Cuando ello ocurre, entonces la vida encuentra un camino para expresarse y crecer.

La cruz opera sobre el hombre natural de igual forma. Por su medio, Dios debilita y quebranta nuestra vida natural, trayéndola a un lugar donde se sujeta prestamente al gobierno de su Espíritu Santo, transformándola en un instrumento útil en sus manos. Antes de que esto ocurra estamos llenos de pensamientos, sentimientos, iniciativas y opiniones personales. Después, simplemente no nos atrevemos a movernos por nuestra propia cuenta.

Mas ¿en qué consiste la obra de la cruz? Ella es esencialmente la disciplina formativa del Espíritu Santo. En dicha disciplina, el Espíritu nos conduce a través de dolorosas y difíciles circunstancias con el fin de que aprendamos a no hacer nada por nuestra propia cuenta, es decir, a partir de nosotros mismos. Él busca llevarnos al punto en que reconozcamos la inutilidad de nuestros esfuerzos personales, la vanidad de nuestros propios pensamientos e iniciativas, y nos abandonemos plenamente a su vida y dirección.

Las dolorosas circunstancias que él ordena para este fin pueden ser externas o internas, según lo requieran aquellos aspectos que progresivamente desea tocar. Puede tratarse de una enfermedad propia o de un ser querido (algunas enfermedades son permitidas por Dios), una dificultad financiera, la incompreensión de personas cuya opinión estimamos, el carácter difícil de otras personas con quienes tratamos, o bien, de períodos de mucha oscuridad, confusión y sufrimiento interior, en los que nos sentimos cual si su gracia nos hubiese abandonado. No obstante, a través de todas estas experiencias Él busca traernos a un lugar de abundancia, bendición y mucho fruto en nuestro servicio. Pablo describe este hecho glorioso en 2 Co. 3:7-12.

Sin embargo, la obra de la cruz sólo se realiza con nuestro consentimiento voluntario. La diferencia entre algunos cristianos está precisamente en este punto. Algunos se aferran a su vida natural y no están dispuestos a ceder nada ante la disciplina divina. Estos hijos de Dios no están dispuestos a pagar el precio del servicio. Por el contrario, otros sí aceptan que la mano de Dios se pose sobre sus vidas y los despoje de todo aquello que es inútil ante sus ojos. No quieren retener nada para sí. Comprenden que para ganar a Cristo es necesario perderlo todo primero, aun aquello que a la vista de otros es bueno, útil y valioso (Fil.3:7-8). Quieren seguir a Cristo por el camino más excelente. Son aquellos que siguen al Cordero por donde quiera que va (Ap.14:4), para

quienes es la promesa del Señor Jesús: *“donde yo estuviere, allí estará también mi servidor”*. A los ojos de los hombres pueden parecer incluso como extraños y menos-

preciables, mas para Dios son un tesoro especial. Por esta causa, porque han vencido, se sentarán a reinar juntamente con Cristo (Ap.3:21).

El Señor, en su misericordia, desea hacer de todos nosotros vasos útiles para el servicio en su casa. Nuestra utilidad no depende de nuestras capacidades, estudios, talentos o inteligencia personal, sino únicamente del poder de su vida en nosotros: *“Porque nosotros somos la circuncisión, los que en Espíritu servimos a Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”*. Este es el resumen del servicio cristiano. Sólo siguiendo a Cristo por este camino podremos llevar fruto permanente para Dios.

(Rodrigo Abarca).

Quizá la mayor pérdida que la Iglesia sufre y ha sufrido en el pasado, procede de cristianos cuyas palabras y obras no tienen su origen en la vida que viene de Dios, sino en su propia vida natural o carnal.



El matrimonio:

Una expresión de cosas eternas

Los cristianos gozamos de una posición celestial gloriosa, que nos fue dada en Cristo antes de los tiempos de los siglos. Esta posición celestial y eterna tiene una manifestación en las cosas terrenas y temporales, en lo cotidiano. La gloria de Dios consiste en que esas cosas celestiales se expresen de manera multiforme en los variados actos de nuestra vida cotidiana. Así, por ejemplo, en Efesios capítulos 1, 2 y 3 se nos habla de *lo que nosotros somos en los lugares celestiales*; en cambio, en los capítulos 4, 5 y 6 se nos habla de *lo que somos en la tierra, aquí y ahora*, en virtud de lo que somos arriba.

El matrimonio y la familia son dos de las principales áreas en las que se expresan aquí abajo las cosas eternas de Dios. Por eso Dios les asigna un lugar tan principal, y por eso el enemigo de Dios, que es enemigo nuestro y de toda justicia, los ataca tan fuertemente.

La metáfora de un misterio

Lo primero que hemos de ver respecto del asunto que nos ocupa, es que el matrimonio es la metáfora de un misterio. “*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*” (Ef.5:32). Este misterio –Cristo y la iglesia– no se dio a conocer a los profetas del Antiguo Testamento, si bien su metáfora –el matrimonio– ya se había establecido en Génesis 2:24: “*Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.*”

El matrimonio es una metáfora o una alegoría del misterio de Cristo y la iglesia, y no la revelación plena del mismo, porque muestra la unión de Cristo y la iglesia en forma velada, no abiertamente. El día que veamos a Cristo unido para siempre con su iglesia, en los lugares celestiales, celebrando las bodas del Cordero, ese día será una manifestación completa. Entonces ya no veremos oscuramente, sino que veremos las cosas tal como son. Hoy vemos el misterio

revelado sólo a medias, a través de un delicado velo que lo cubre, y descubierto para unos pocos. El matrimonio es, de este modo, una metáfora que revela y, a la vez, esconde el misterio de la unión eterna de Cristo y la iglesia.

Para conocer el verdadero significado del matrimonio, hemos de conocer a Cristo y a la iglesia. El Señor aceptó cierta distorsión en cuanto al matrimonio bajo el Antiguo Pacto, pero no la puede aceptar bajo el Nuevo. Porque en el matrimonio, el marido representa a Cristo, y la esposa a la iglesia, lo cual no se conocía bajo el Antiguo Pacto.

Cuando los fariseos se acercaron al Señor para preguntarle acerca del matrimonio, ellos tenían en mente las enseñanzas de Moisés dadas en Deuteronomio capítulo 24. Sin embargo, Él les llevó más atrás, a Génesis capítulo 2. “*Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así*” (Mt.19:8). “*Al principio no fue así*”. Es el parámetro con que ha de medirse. Lo que está en el principio muestra el modelo original de Dios, y que expresa el deseo de su corazón. Lo posterior es el resultado de la incapacidad e irresponsabilidad del hombre para sostener aquel modelo. De manera que hemos de ver atentamente cómo fueron las cosas al principio, para así conocer el misterio que encierra el matrimonio.

Cuando Dios creó a Adán tuvo en mente a su Hijo, y cuando Dios creó a Eva, como compañera de Adán, tuvo en mente a la iglesia. Lo primero es Cristo y la iglesia. No Adán y Eva. No el matrimonio de Adán y Eva, sino *Cristo y la iglesia*. El matrimonio es una réplica en el tiempo de aquella unión maravillosa y eterna de Cristo y la iglesia.

El misterio de Cristo y la iglesia –como todos los que Dios ha revelado en su evangelio–, no es develado a todos los hombres, sino sólo a los que son de la fe: “*El respondiendo les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado*” (Mat.13:11); “*Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio ...*” (Rom.11:25); “*Así pues,*

téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios” (1ª Cor.4:1); “*He aquí os digo un misterio ...*” (1ª Cor.15:51); “*Que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia*” (1ª Tim.3:9); “*E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad*” (1ª Tim.3:16). Estos misterios no son entendidos por carne y sangre, sino que son entendidos espiritualmente, por revelación del Espíritu Santo.

Doctrina no es revelación

Sin embargo, ocurre que el matrimonio, tal como lo enseñó Cristo, ha sido adoptado (al menos formalmente) por la llamada “sociedad occidental cristiana”, incorporando, incluso, las palabras inspiradas del Señor en el ritual con que se celebra. Pero hemos de ver nosotros que el Señor nunca pretendió que sus enseñanzas abarcaran a toda una sociedad como tampoco crear una sociedad cristiana. Siempre vemos en sus palabras, y en las de los apóstoles, que los cristianos forman un residuo, un remanente en un ambiente que no es el suyo, porque “*el mundo entero está bajo el maligno*” (1ª Juan 5:19). En su oración de Juan 17, el Señor hace una clara diferencia entre los suyos (que están en el mundo) y los demás (que son del mundo). El matrimonio como institución y como doctrina puede ser conocido por todos los hombres, pero el matrimonio como metáfora y réplica de un misterio espiritual sólo pueden conocerlo los hijos de Dios.

Pondremos un ejemplo. Sabemos que en los primeros cuatro siglos del cristianismo el mundo occidental estuvo bajo el dominio del Imperio Romano. Pues bien, mientras eso fue así, las formas de vida de toda Europa estuvieron marcadas por las formas de vida de los romanos. Y como esto era así, podía notarse claramente la diferencia entre un matrimonio romano y uno cristiano, porque ellos tenían una fuerte tradición, que centraba el matrimonio y la familia en el ‘pater familias’, el cual tenía poderes casi absolutos sobre los miembros de su familia, pues eran su posesión. Los rituales,

la legislación y las costumbres – todo lo relacionado con la familia – no eran, por tanto, producto de una enseñanza inspirada. Pero tal cosa permitía separar, al menos, lo que era terreno de aquello que procedía del cielo.

Pero luego, cuando Constantino hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio, el misterio de Cristo y los demás misterios del evangelio, se hicieron comunes para toda la sociedad, no por una revelación de ese misterio, sino por la legalización de la doctrina asociada a ese misterio. Así se impusieron en la sociedad romana, por decreto, formas de vida que son espirituales, y que modificaban su propia concepción. De ahí pasaron luego al resto de la sociedad ya “cristianizada”, en las diversas épocas y lugares, hasta nuestros días. Así fue cómo las verdades espirituales se hicieron vanas en las mentes de los hombres, convirtiéndose en mera información doctrinal. Por eso el matrimonio cristiano, cuando es sólo una doctrina en la mente y no una realidad espiritual, resulta ser, además, una camisa de fuerza para una naturaleza humana incapaz de sobrellevarlo.

Los discípulos entendieron muy bien las dificultades que traería el modelo de matrimonio que el Señor estaba anunciando, cuando dijeron al Señor: “*Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse*” (Mt.19:10). El Señor acababa de establecer la prohibición del repudio, lo cual resultaría muy difícil de cumplir para un judío que hacía uso y abuso de ese recurso, y que servía de escape a una relación fracasada, como también a su propia concupiscencia.

Es eso lo que ocurre con el matrimonio cristiano cuando es impuesto a incrédulos que cargan con una naturaleza caída, y que tienen los ojos cerrados para ver el misterio

que encierra.

La figura de Adán y Eva

Así pues, la comprensión real de lo que es el matrimonio para Dios requiere de una revelación previa, revelación que tiene que ver con Cristo y la iglesia.

Si tenemos esta revelación, entonces valoraremos el matrimonio y lo defendemos. No lo menospreciaremos ni seremos irresponsables en su cuidado.

Efesios 5:31 dice: “*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.*” Y el 5:32 dice: “*Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.*” Si podemos ver que el hombre del 5:31 es Cristo del 5:32; y que la mujer de Efesios 5:31 es la iglesia del 5:32, entonces nos daremos cuenta de que el matrimonio –cada uno en particular– es una expresión terrena y cotidiana de la relación de Cristo y la iglesia.

Esta relación está prefigurada claramente con la primera pareja antes de su caída. En el pasaje de Génesis 2:15-25 tenemos a Adán en su soledad, primero, y luego, en su perfecta complementación con Eva, la cual fue tomada de su mismo cuerpo. Primero está Adán solo, señoreando sobre toda la creación, pero incompleto. Magnífico en su perfección, en su poder y en su perfecta individualidad, pero incompleto. Estaba solo, sin que se hubiese encontrado ayuda idónea para él. Pero Dios, que ya tenía en su corazón a Cristo y la iglesia, creó a Eva, que vino a ser el complemento y la perfección suma de Adán. Ahora Adán estaba completo.

Eva fue tomada de Adán para prefigurar que la iglesia es tomada de Cristo. Eva es una prolongación de Adán, y prefigura que

la iglesia lo es también de Cristo. Como Eva fue tomada de Adán, ambos llegaron a ser una sola carne (v. 2:24), y así tiene cumplimiento lo que Dios diseñó en el principio para el matrimonio (y que se confirma en las palabras del Señor en Mateo 19:5-6).

¿Podemos ver que la iglesia es Cristo en otra forma? ¿Podemos ver que la iglesia es santa y sin mancha, porque fue tomada de Cristo? ¿Podemos ver que nuestra esposa – que es figura de aquella– fue tomada de nuestro propio cuerpo, y que es una prolongación de nosotros mismos? ¿Podemos ver que es por eso que somos “una sola carne”? Un hermano ha dicho muy bien: “El varón no está completo en sí mismo. La mujer es su complemento para que supla las deficiencias de él. Ella es fuerte donde él es débil, y débil donde él es fuerte, y juntos forman un todo completo, una carne.”

Por eso el repudio –amparado bajo la ley mosaica– no podía expresar a Cristo y a la iglesia, porque Cristo es fiel a su única iglesia, como Adán lo fue a Eva. Y por eso la poligamia y el adulterio no tienen cabida en el matrimonio cristiano, por mucho que se le busquen resquicios para justificarlos. A nosotros debe interesarnos lo que se diseñó en el principio, no la distorsión posterior. No podemos intentar doblarle la mano al Señor, obligándole a que, por la dureza de nuestro corazón, Él rebaje entre nosotros sus demandas para el matrimonio. Si Él lo hizo antes fue por causa de la caída del hombre, y por la impotencia de quienes estaban bajo la ley. Pero con nosotros el problema de la caída y de la impotencia para agradar a Dios son asuntos ya solucionados. La salvación de Dios nos levantó de la caída, y la omnipotencia de su gracia nos ha dado fuerzas para agradecerle.



UNA LECTURA RECOMENDADA

Uno de los buenos libros sobre el matrimonio y la familia cristiana es, precisamente: [La Familia Cristiana](#), de Larry Christenson. Del capítulo 1, “*El orden de Dios para los cónyuges*”, extraemos algunos pensamientos:

“Los cristianos necesitan reconocer que al tomar el nombre de Cristo, aceptan una norma matrimonial diferente de la que es permitida por las autoridades civiles.”

“Los cristianos tienen tendencia a caer en dos errores básicos en su actitud hacia el sexo. El primer error es considerarlo como una especie de mal necesario; el segundo, es más sutil: es la tendencia a una súper-espiritualización del sexo.”

“La estimación mutua, y una correcta comprensión del lugar que Dios le ha asignado a cada uno, son las condiciones primarias de la felicidad en el matrimonio.”

“El matrimonio rescata al amor de la tiranía de los sentimientos fuertes pero inmaduros.”

“El amor, desde el punto de vista de Dios, no es la base para el matrimonio, sino el producto o resultado de un matrimonio de éxito.”

“La Biblia contempla el matrimonio no como un contrato social entre dos individuos, que puede ser disuelto a voluntad; más bien, mira al matrimonio como un misterio.”

“Contrariamente al pensamiento natural, una gran parte del gozo real en el matrimonio proviene de *dar*, no de *recibir*. Pues el matrimonio está modelado sobre la relación entre Cristo y su Iglesia. En todo matrimonio cristiano el mundo debiera ver ese mutuo dar y entregarse que caracteriza la relación entre Cristo y la Iglesia.”

Lo que los jóvenes cristianos deben saber acerca de sí mismos

CÓMO VENCER LA SOLEDAD

“**L**a soledad no hace acepción de personas: entra en el palacio y en la choza.” – ha dicho un autor cristiano. Es cierto. Mucha gente padece y sufre por su soledad, por esa forma de soledad crónica y depresiva. Muchos en su soledad han visto hundirse sus vidas, hasta han llegado al manicomio, o al suicidio. Sin embargo, muchos también, en su soledad, han buscado a Dios y le han hallado.

Es que la soledad te aparta del ruido, del tráfago incesante, y te permite escuchar a Dios. Porque el ruido interfiere entre tu corazón y Dios. Un sabio antiguo decía: “Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres, que de verdad mucho estorba el tratar de las cosas del siglo”. Hay afán y fatiga en el mundo que nos rodea. Es que el trajín, las risas locas, y el disfrute del momento, nos impiden escuchar a Dios.

Para los hijos de Dios, la soledad también es necesaria. “A menos que salgás del mundo, donde la voluntad propia y el placer personal reinan, nunca podrás vivir la vida en que el creyente busca solamente ser un sacrificio agradable a la voluntad

de Dios”, -- ha dicho Andrés Murray, un conocido siervo de Dios.

Ir al desierto

Esa soledad es como “ir al desierto”. Allí se desnudan los móviles mezquinos de nuestra alma, y se conoce la voluntad de Dios. La expresión “el desierto” es usada en muchas ocasiones en las Escrituras, no como un lugar físico, sino como una situación de vida en la que hay soledad, tristeza y dolor. Allí no hay vanidades que atrapen el corazón. Allí se está solo con Dios y consigo mismo.

Por ejemplo, en el libro del profeta Oseas encontramos esto. El Señor le habla a Israel como un marido a su mujer. Aunque ella le había sido infiel, Él todavía quería hablarle con ternura: “*La atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón*” (Oseas 2:14). El esperaba que en el desierto podría reencontrarse con el corazón de su amada.

Muchas veces al Señor hace así también con nosotros.

En las Escrituras encontramos a muchos siervos de Dios que fueron llevados por Dios al desierto (desierto físico y también espiritual), porque allí Él les quería hablar al corazón. Moisés fue uno de ellos; David fue otro; Pablo también estuvo allí. En el silencio, en la quietud, lejos del mundanal ruido, Dios les habló, y ellos aprendieron las lecciones más importantes de su vida. “*Sólo en el silencio, el corazón puede esperar y escuchar a Dios.*” – dice G. Campbell Morgan.

El valor de la soledad

Cuando tú te quedas solo, entonces se caen las caretas, las falsas posturas, y te quedas tal como eres. Y entonces puedes sentir que la mirada escrutadora de Dios te

atraviesa hasta adentro. Entonces ves cosas que nunca antes habías visto. ¡Qué importante es este escrutinio de Dios! ¡Cuánto bien hace al alma del creyente! ¿Huirás de la soledad, si allí Dios puede examinarte y hablar a tu corazón?

Muchos temen a la soledad, porque le temen a Dios y temen su juicio. Sin embargo, ¿no tenemos nosotros paz con Dios? ¿No conocemos nosotros a Dios, quien es nuestro Padre? En la soledad crecemos en profundidad, como cuando un árbol echa raíces para luego resistir el vendaval.

Un hijo de Dios –sea joven o adulto– difícilmente va a caer en la soledad crónica y depresiva, porque tiene a su lado a los hermanos, a través de los cuales Dios va a dosificar cuidadosamente la cantidad de soledad necesaria para su alma. En la iglesia nosotros nunca vamos a experimentar esa soledad que destruye. Somos bienaventurados, porque nunca estaremos solos más de lo que Dios considera necesario. Luego de estar allí, en el silencio, el tiempo preciso; luego de crecer en el conocimiento de nosotros mismos y en el conocimiento de Dios, podremos volver, un poco más sabios, algo más crecidos, y con renovadas fuerzas, para seguir avanzando en el camino de la fe.

Por tanto, la soledad –como la tristeza– es una ocasión para crecer en Dios, para esperar en Él, para que se temple en nosotros el dulce y precioso carácter de nuestro amado Señor Jesucristo.

Así que, la soledad no debe ser tanto “vencida”, sino “aprovechada”, para la gloria de Dios.



Estudios sobre la vida cristiana

¿Qué hacer si un cristiano peca?

*La voluntad de Dios es que los cristianos no sigan pecando.
De hecho, es posible no seguirlo haciendo.
Con todo, si un cristiano peca,
hay provisión en Dios para recuperar la comunión con Él.*



Instantáneamente después de recibir la salvación, se nos manda que no pequemos más (Jn.5:14;8:11). Toda persona salva, debe dejar de pecar.

¿Es esto posible? ¡Por supuesto que sí! Es posible, porque tenemos una vida que no peca, ni tolera el más leve indicio de pecado, ya que es santa como Dios. La vida nueva que tenemos es muy sensible al pecado; si vivimos por ella y le obedecemos, no pecaremos.

Sin embargo, si pecamos se debe a que aún estamos en la carne. Si no andamos conforme al Espíritu, en cualquier momento podemos pecar. Por eso dice en Gálatas 6:1: “Si alguno fuere sorprendido en alguna falta ...”; y en 1ª Juan 2:1: “Hijitos míos ... si alguno hubiere pecado ...”. Todo creyente está expuesto al pecado, y es inevitable que pequemos (1ª Jn.1:8,10). Podemos decir por experiencia que es muy posible caer esporádicamente en el pecado a pesar de ser creyentes. Esto suele ser muy doloroso para un creyente que ama a Dios, y que quiere andar en santidad.

Consecuencias del pecado

¿Perecerá una persona que peca ocasionalmente? ¡No! El Señor dijo: “Y yo les doy vida eterna; y no perecerá jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn.10:28). La salvación que recibimos es eterna. Este es un hecho inalterable.

Entonces, ¿no tiene importancia que una persona peque después de ser salva? Sí la tiene. Si un creyente peca, afronta dos consecuencias graves: *en primer lugar*, sufrirá en esta vida las consecuencias del pecado. El hermano de 1ª Corintios 5:5 fue entregado a Satanás, lo cual es terrible. El Señor perdonó el pecado de David con la mujer de Urías, pero jamás se apartó la espada de su casa (2 Sam.12:9-13). *En segundo lugar*, será castigado en la era venidera. Cuando el Señor regrese “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt.16:27). Pablo dijo que todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para recibir según lo que

haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo (2ª Cor.5:10).

Aparte de estas dos consecuencias, el pecado *interrumpe nuestra comunión con Dios*. Para el creyente, tener comunión con Dios es una bendición y un privilegio muy glorioso; sin embargo, si pecamos, la perdemos inmediatamente. Cuando pecamos, el Espíritu Santo es contristado, y la vida en nosotros se siente incómoda, con lo cual perdemos el gozo y la comunión con Dios. Ya no tenemos deseos de leer la Biblia, ni de ver a los hermanos, ni de orar. Es un asunto serio pecar después de haber recibido la salvación. Se apaga la vida de Dios en el corazón.

Pero, ¿qué hacer “si alguno peca”? Si alguno pecare involuntariamente, ¿cómo puede restaurar su comunión con Dios?

El Señor Jesús llevó todos nuestros pecados en la cruz. Los que cometimos en el pasado y los que cometeremos en el futuro. Al momento de ser salvos, fuimos perdonados de todos los pecados que habíamos cometido hasta ese momento, conscientes o inconscientes. Pero hay algo más: Él también llevó en la cruz los pecados que habríamos de cometer después de ser salvos.

Un tipo del Antiguo Testamento

En Números 19 se menciona una vaca alazana. El sacrificio de esta vaca no satisfacía la necesidad del momento, sino una necesidad futura. Una vez degollada, la quemaban con madera de cedro, hisopo y escarlata. La madera de cedro y el hisopo representan el mundo entero (1 R.4:33); y la escarlata (o grana) representa nuestros pecados (Is.1:18). Todo esto indica que los pecados del mundo se pusieron sobre la vaca alazana cuando ésta fue ofrecida a Dios. Esto representa la cruz del Señor Jesús. Allí se incluyeron todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros, grandes y pequeños.

Luego, se recogían las cenizas y se guardaban en un lugar limpio. Más tarde, si algún israelita había tocado algo inmundo, y

necesitaba purificarse, era rociado con el agua que contenía esta ceniza.

Cuando un israelita ofrecía un toro o un cordero como ofrenda por el pecado, lo hacía porque conocía su pecado. Pero la ofrenda de la vaca alazana era diferente. Esta se quemaba, no por los pecados conocidos, sino por los pecados futuros.

Cuando uno pecaba, no necesitaba matar otra vaca alazana para ofrecerla a Dios, sólo necesitaba las cenizas de la que ya había sido sacrificada. De la misma manera, no es necesario que el Señor muera por segunda vez, porque su redención ya se consumó. Las cenizas de la vaca alazana representan la eficacia eterna e inmutable de la redención del Señor.

La eficacia de la cruz abarca todas las necesidades que lleguemos a tener en el futuro.

Es necesario confesar

Cuando un hijo de Dios peca, debe confesar sus pecados, porque si no lo hace, no podrá ser perdonado. No debemos encubrir el pecado (1ª Jn.1:9; Prov.28:13). No lo cambiemos el nombre al pecado, ni nos justifiquemos.

Confesar es mantenerse del lado de Dios y condenar el pecado. Dios está en un extremo, los pecados en el otro y nosotros en el centro. ¿A qué lado nos inclinaremos? Si nos ponemos del lado de los pecados, nos hacemos enemigos de Dios (Col.1:21). *Confesar significa regresar a Dios, reconociendo que hemos pecado*. Los que andan en luz, sienten repulsión por el pecado, y confiesan genuinamente sus faltas. Los que se han endurecido, piensan que pecar es normal, no confiesan con el corazón ni aborrecen el pecado.

El Señor perdonó nuestros pecados para que dejásemos de pecar, no para que siguiésemos pecando. Pero, si alguno peca, “*abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados*” (1ª Jn. 2:1). La propicia-

(Continúa en la página 30)

(Viene de la página 29)

ción que se menciona aquí es la realidad del tipo de las cenizas de la vaca alazana. Bándonos en la sangre del Señor Jesús, podemos acudir a Él como nuestro abogado.

Cuando un hijo de Dios peca y no con-

fiesa su pecado, pierde su comunión con Dios e interrumpe la relación íntima que había entre él y Dios. Esta comunión sólo se puede restaurar cuando confesamos nuestros pecados.

Tenemos que humillarnos y confesar nuestros fracasos y faltas delante de Dios.

No seamos orgullosos ni negligentes, porque podemos caer en cualquier momento. Cuando confesamos nuestros pecados, la comunión con Dios se restaura de inmediato, y recobramos el gozo y la paz que habíamos perdido.



ESCUDRINAD LAS ESCRITURAS,

porque ellas dan testimonio de mí”

Apuntes a la lectura del Nuevo Testamento

“Guardar” los mandamientos

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que se traducen como “guardar”: ‘tereo’, que significa una obediencia de corazón, y ‘phyllasso’, que sugiere una observancia exterior. La mayor parte de las veces se usa la primera, pero unas cuantas, la segunda. Cuando el Señor le dice al joven rico que si quería entrar en la vida guardara los mandamientos, usó ‘tereo’; pero cuando el joven contesta, usa phyllasso. Este es el guardar los mandamientos para obtener un mérito delante de Dios, para una justicia propia; en cambio, ‘tereo’ indica una acción de obediencia por amor, como en Juan 14:15.

¿Quebrantado o desmenuzado?

El que cae sobre la piedra es quebrantado; mas aquél sobre quien la piedra cayere, será desmenuzado. (Mateo 21:44). La piedra es Cristo. En Cristo hay firme fundamento, pero también hay quebrantamiento para el creyente. El quebrantamiento es la ruptura del alma, por la acción del Espíritu Santo, en la disciplina amorosa y persistente, para que fluya por sus grietas la vida divina. El desmenuzamiento, en cambio, es el juicio destructor sobre los enemigos de Dios, juicio que ocurrirá el día final. Acción vengadora, temible, sobre el corazón impío, en el día de la ira de Dios. Bienaventurados los quebrantados en este día; mas ¡ay! de los que ríen hoy en su impiedad, porque ellos serán desmenuzados mañana.

El siervo negligente

El siervo de un talento en la parábola (Mateo 25) fue declarado malvado, no por hacer el mal (no malgastó el dinero), sino por no hacer el bien. Aquí encuentran su perfecta aplicación las palabras de Santiago 4:17: “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.”

¿Fin o comienzo?

Pedro siguió al Señor hasta el patio del sumo sacerdote para ver “el fin”. (Mateo 26:58). Pedro quería ser testigo del desenlace que tendría esta triste historia. Por unos años había soñado con cosas grandes. Ahora todo estaba perdido. Su Señor y Rey iba a la muerte. Así también ocurre con los creyentes en las pruebas. Parece que todo termina para él. Sin embargo, tal como fue con nuestro amado Señor, también es con nosotros. Aquello es apenas el comienzo. El grano de trigo cae en tierra y muere. Pero al tercer día viene la resurrección. Después de cada “fin” hay mucha gloria. ¡Aleluya!

Una comisión más alta

Moisés, en su primera incursión entre sus hermanos, pretendió alzarse entre ellos como “gobernante y juez” (Hech.7:27); sin embargo, Dios le puso como gobernante y libertador (o redentor) (Hech.7:35). La honra que Dios le confirió fue más alta que la que Moisés buscaba para sí.

DIECISÉIS PREGUNTAS SOBRE LA VIDA DE

ABRAHAM

1. ¿De quién era hijo, de quién fue esposo y de quién padre?
2. ¿Qué tres pueblos le reconocen como un hombre de extraordinaria fe en Dios?
3. “Taré” significa “demora”. ¿De qué modo Taré demoró el peregrinar de fe de Abraham?
4. Los movimientos de Abraham en Canaán siempre van acompañados de dos elementos, ¿cuáles son? ¿qué significan?
5. ¿Qué vergüenza pasó Abraham en Egipto?
6. La Escritura dice que “Abraham creyó a Jehová”. ¿Con respecto a qué palabra del Señor se dice eso?
7. ¿Qué consecuencias trajo para Abraham y Sara el no esperar el tiempo de Dios para el cumplimiento de la promesa?
8. Dios cambia el nombre de Abraham, ¿cuándo? ¿por qué?
9. Abraham fue un padre ejemplar. ¿Cuál fue la virtud que Dios reconoció en él? (Gén.18:19).
10. La concubina egipcia de Abraham y su hijo son figuras típicas, ¿cuál es su significado? (Gál.4:21-31).
11. Las figuras de Abraham y Lot simbolizan, respectivamente, al hombre espiritual y al hombre carnal. ¿En qué episodios de su vida se advierte la gran diferencia?
12. Hay 3 citas bíblicas en que se dice que Abraham es amigo de Dios. ¿Cuáles son?
13. El Señor Jesús hizo un par de importantes alusiones a Abraham, ¿cuáles?
14. La vida de Abraham puede seguirse cronológicamente desde los 75 años de edad. Haga un cronograma.
15. El episodio de Génesis 22 es típico. ¿Qué interpretación tiene?
16. ¿En qué sentido Abraham es padre de los cristianos? (Gál.3:6-7).

Testimonios irrefutables
de una Voluntad creadora
y sustentadora
del universo.



El vuelo de los gansos: una alegoría de mutualidad

El próximo otoño cuando veas los gansos dirigiéndose hacia el norte para pasar el invierno, fíjate en que vuelan formando una V. Tal vez te interese saber lo que la ciencia ha descubierto acerca del por qué vuelan de esa manera. Se ha comprobado que cuando cada pájaro bate sus alas, produce un movimiento en el aire que ayuda al pájaro que va detrás de él. Volando en V la bandada completa aumenta por lo menos un 70 % su poder de vuelo que si cada pájaro volara solo.

Cada vez que un ganso se sale de la formación siente inmediatamente la resistencia del aire, se da cuenta de la dificultad de hacerlo solo y rápidamente regresa a la formación para beneficiarse de la ayuda del compañero que va adelante.

Cuando el líder de los gansos se cansa, se pasa a otro de los puestos de atrás y otro ganso toma su lugar. Los gansos que van detrás graznan para alentar a los que van delante a mantener la velocidad.

Finalmente, cuando un ganso se enferma, o es herido por un disparo, otros dos gansos se salen de la formación y lo siguen para ayudarlo o protegerlo. Se quedan acompañándolo hasta que está nuevamente en condiciones de volar o muere, y sólo entonces los dos acompañantes vuelven a su bandada o se unen a otro grupo."

El milagro de Dios en la savia de los árboles

"Las hojas de los árboles necesitan muchos litros de agua cada día a fin de mantenerse verdes. Ninguna bomba inventada por el hombre podría impulsar esa cantidad de agua a través de los densos troncos de madera de los árboles. Sin embargo, Dios permite que sus raíces ejerzan una presión muy fuerte de doscientos kilogramos por centímetro cuadrado sólo para impulsar el agua hasta las hojas, sin tener en cuenta la resistencia de la madera."

(Citados en [503 ilustraciones escogidas](#), de J. L. Martínez)

El mundo vegetal nos enseña cómo depender de Dios

"El mundo vegetal fue creado para dar al hombre una lección objetiva de entera dependencia ante Dios, y su seguridad en esta dependencia. Él viste los lirios mucho mejor que a nosotros. El que da a los árboles y a las parras su belleza y su fruto, haciendo de cada uno aquello que debe ser, mucho más hará de nosotros lo que debemos ser. La única diferencia es que Dios obra en los árboles con un poder del que ellos no son conscientes. Él quiere trabajar en nosotros con nuestro consentimiento. En esto consiste la nobleza del hombre, que tiene una voluntad que puede cooperar con Dios para entender, aprobar y aceptar lo que Él se ofrece para hacer."

(Andrew Murray, en [La Vid Verdadera](#))

El "espíritu" de las abejas

"Sucede con las abejas lo que con la mayor parte de las cosas de este mundo. Observamos algunas de sus costumbres y decimos: hacen esto, trabajan de este modo, sus reinas nacen así; sus obreras permanecen vírgenes; enjambran en tal época. Creemos conocerlas y nos damos por satisfechos. Las miramos ir presurosas de flor en flor; observamos el agitado movimiento de la colmena; esa existencia nos

Las maravillas de la Creación

parece muy sencilla y limitada, como las otras, a los cuidados instintivos de la comida y de la reproducción. Pero si miramos más de cerca y tratamos de darnos cuenta de lo que entonces vemos, se nos presenta la complejidad espantosa de los fenómenos más naturales, el enigma de la inteligencia, de la voluntad, de los destinos, del fin de los medios y de las causas. La organización incomprensible del menor acto de la vida."

(Mauricio Maeterlinck, en "La vida de las abejas")

La perfección del universo declara que es obra de Sus manos

En el universo, todas las cosas están destinadas para un propósito.

Consideremos *la masa y el tamaño de este planeta* en que hemos sido colocados. Son justamente los correctos, para recibir del sol la cantidad correcta de calor y de luz. Si la tierra estuviera más lejos, nos congelaríamos; y si estuviera más cerca, no podríamos sobrevivir.

Ninguno de los otros planetas está *inclinado* como el nuestro: a 23 grados. Si no fuera así, se acumularían grandes masas de hielo en los polos, y la parte central de la tierra se volvería intensamente caliente.

Si alguien sacara a *la luna* alguna vez de su órbita, toda la vida se acabaría en la tierra. Dios ha provisto la luna como una sierva para que limpie los océanos y las costas de todos los continentes. Sin la mareas que crea la Luna, todos nuestros puertos y playas se convertirían en un pozo lleno de basura. Con las mareas, las olas rompen en las costas y airean los océanos, proveyendo oxígeno para el plancton, fundamento de la cadena alimenticia.

Tenemos la maravilla de *la atmósfera*. Ninguna otra atmósfera contiene los mismos elementos que la nuestra, los cuales se van mezclando en forma continua mediante los efectos de marea que la luna produce sobre ella. Aunque el hombre descarga una tremenda cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera, éste es absorbido por el océano, y el hombre puede continuar viviendo.

También tenemos *la maravilla del agua*. Este asombroso líquido existe como hielo, que resquebraja las piedras y produce suelo. Como nieve, almacena agua en los valles. Como lluvia, riega y purifica la tierra. Como vapor en la naturaleza, provee humedad para la mayor parte de las tierras arables. Existe como cubierta de nubes, precisamente en la cantidad correcta: 50 % de la superficie terrestre está cubierta por ellas en cualquier tiempo, lo cual permite que pase la correcta cantidad de luz solar. Cuando se congela, es más liviana y flota. Si no fuera así, los lagos y ríos se congelarían desde el fondo hacia arriba y matarían todos los peces. Las algas quedarían destruidas y nuestra provisión de oxígeno se acabaría, y la humanidad moriría.

Aun *el polvo* realiza una increíble función a favor de la humanidad. Si no fuera por el polvo, nunca veríamos el cielo azul. A 27 Km. por encima de la tierra, no hay polvo de la tierra, y el cielo es siempre negro. Si no fuera por el polvo, nunca llovería. Una gota de lluvia se compone de ocho millones de minúsculas gotitas de agua, y cada una de esas gotitas envuelve una ínfima partícula de polvo. Sin éstas, el mundo se resecaría y la vida dejaría de existir.

(Extractado de: James Kennedy, en [Por qué creo](#))

Bocadillos de la mesa del Rey

EL CIEGO DE BETSAIDA

Jesús viene a Betsaida, la pequeña aldea de junto al mar de Galilea. Es Galilea, la despreciada, casi gentil.

Traen un ciego para que Jesús le toque. Ellos saben que todo lo que su mano toca, es transformado. Algo va a suceder con este hombre, como ha sucedido con muchos otros. Hay expectación entre los circunstantes. ¿Cómo lo hará esta vez?

Entonces, ocurre algo insólito: Jesús toma al hombre de la mano, y le conduce por las calles de la aldea. ¡Vedlo ahí!: El Maestro camina por las calles con el ciego de la mano. Su paso es lento, su porte, como siempre, es distinguido, aunque humilde. ¿Cómo podría no serlo?

Jesús no le pone la mano sobre el hombro. No le da un empujón paternal acompañado de un: "¡Camina!". No le da el brazo para que se cuelgue de él. Tampoco le pide a los hombres que lo guíen. ¡Él le toma de la mano! ¡Oh, maravilla de amor, de humildad! Por la calle, son dos hombres que caminan. Dios encarnado camina al lado de un guiñapo humano, como si Él no fuera Dios; y como si ese hom-

bre no fuera un paria. Son dos hombres. El Bendito acepta ser lazari- llo del otro, con la máxima ternura, con la mayor delicadeza. Sólo como Dios la puede tener.

Después de eso, no hay nadie a quien nosotros no podamos tomar de la mano. Después de Él haber tocado al leproso, no hay nadie a quien no podamos tocar. Después de haber aceptado la hospitalidad de un pescador de Galilea, no hay hospitalidad, por pobre que sea, que no podamos aceptar.

¿Adónde le lleva Jesús? Le saca fuera de la aldea, y allí le sana. Su saliva es todo lo que esos ojos necesitan para ver. Sus manos también le tocan. El ciego, entonces, es sanado. ¡No podía ser de otra forma!

Luego, le envía a su casa, y le dice: "No entres más en la aldea". El Señor no quiere publicidad, que la hubiera tenido. No quiere alabanzas, que las merecía. El Señor le envía lejos.

Es el ciego de Betsaida. Es Jesús tomándole de la mano. Es des- prendiendo, magnánimo, su divinidad. Es Dios entre los hombres.



CARTAS DE NUESTROS LECTORES

Recibirla en forma impresa

Mucho gusto me da conocer la revista "AGUAS VIVAS", la encuentro muy interesante y a la vez necesaria para todos. Quisiera ser un afortunado de poder recibirla en forma impresa. Le pido se digne a suscribirme, y me pueda enviar también el ejemplar de marzo-abril. Gracias por todo y espero su comprensión. Muchas gracias y que Dios le bendiga.

Juan Lavado
Chimbote, Perú

Para que muchos crean en Él

Con gran gusto recibí la revista de este mes. Realmente es muy buena y de gran utilidad por la variedad de temas y notas que allí encuentro.

Dios les bendiga y les siga utilizando para el engrandecimiento de su obra, para que a través de éste medio, muchos puedan creer en Él.

Diana Guenzugutckian,
Córdoba, Argentina

'Aggiornada'

Aunque todavía no la he leído completamente, quiero (y esto es sinceramente) felicitarlos por su publicación 'aggiornada' a estos tiempos modernos.

Me gusta que se mencionen las fuentes que utilizan para respaldar sus artículos. También me gusta el diseño de la revista (aunque sería bueno que tuviera más gráficos). Por lo demás, hermanos, vuelvo a felicitarlos porque lo que más se valora de este tipo de trabajos es el contenido, y realmente llenó mis expectativas.

S.A.C.
Buenos Aires, Argentina

Con una, media Cuba tiene

Hoy recibí la revista y me puse muy contento. Fue tremenda la sorpresa, les agradezco mucho su esfuerzo. Fue un milagro que "Aguas Vivas" llegara tan pronto.

Ya que ustedes mencionan en su e-mail el deseo de ayudarnos, voy a aprovechar la oportunidad, ¿les sería un problema enviarnos la revista de vez en cuando aunque sean números atrasados?, no quiero 2 ni 10 ejemplares, con uno, media Cuba tiene.

En el amor con el que Cristo nos une.

Nelson Gómez,
La Habana, Cuba

Lo mejor de este día

Lo mejor que me ha dado el Señor en este día, además de Su misericordia y amor, ha sido la llegada de vuestra revista, que desde ya les digo, está maravillosa.

Desde aquí les mando un millón de gracias. Sigán adelante y que Dios los ilumine siempre con buenísimas ideas como estas y los bendiga muchísimo.

Darío Allietti
Las Vegas, Estados Unidos.

Cristianos Unidos

Una hermana del Perú me hizo saber que ustedes editan una revista cristiana de gran calidad. Me gustaría saber cuál es el procedimiento para obtenerla.

Por mi parte, les comento que manejo un pequeño ministerio en la red que se llama CRISTIANOS UNIDOS. Pueden ustedes conocer este material, y si alguno les interesa o les sirve para su publicación, les ruego se sientan en libertad de tomarlo.

Reciban un saludo afectuoso y mis oraciones por que el Señor prospere Su obra en vosotros.

Gustavo Mata Flores
Valles, S.L.P., México

Lectura matrimonial

La presente es para agradecerles el envío de la revista "Aguas Vivas". La recibí el viernes y mi esposa la tiene desde que llegó; leímos juntos el artículo del matrimonio.

Gracias por su colaboración, deseo seguir recibiendo esta revista.

Que el Señor bendiga sus esfuerzos.

Javier Álvarez
Cagua, Venezuela

Los hijos

Mil gracias por la revista, con artículos tan interesantes. El tema de los hijos me ha ayudado muchísimo. Mil bendiciones para ustedes.

María Teresa Menéndez
Lima, Perú.

Edificando a otros

Quiero decirle que vuestra revista está muy bonita, me parece muy interesante; he podido encontrar consejos, y sobre todo edificación personal. Al terminar de leerla se la estaré dando a otro hermano para que él también se edifique.

Dios les siga bendiciendo.

Krey Jiménez
Ciudad de Guatemala,
Guatemala

Para los colegas pastores

Muchas gracias por la revista que me envían. Realmente tiene artículos interesantes, que compartí con mis colegas Pastores. A ellos les gustaría también recibirla. No sé si pueden hacerlo. Les envío sus nombres.

Desde ya muchas gracias.

Armando Fuentes A.
Temuco, Chile